

HOMENAJE PUBLICO

A

Don AGUSTIN EDWARDS

DISCURSOS PRONUNCIADOS
EN EL BANQUETE QUE NUME-
ROSOS AMIGOS LE OFRE-
CIERON EN TESTIMONIO
DE RECONOCIMIENTO POR
SU ACTUACION PUBLICA, EL
17 DE DICIEMBRE DE 1932

■ EN EL ■

Club Hípico de Santiago

" EL IMPARCIAL "
SAN DIEGO 67 - SANTIAGO

HOMENAJE PUBLICO

A

Don AGUSTIN EDWARDS

DISCURSOS PRONUNCIADOS
EN EL BANQUETE QUE NUME-
ROSOS AMIGOS LE OFRE-
CIERON EN TESTIMONIO
DE RECONOCIMIENTO POR
SU ACTUACION PUBLICA, EL
17 DE DICIEMBRE DE 1932

■ EN EL ■

Club Hípico de Santiago

" EL IMPARCIAL "
SAN DIEGO 67 - SANTIAGO



Arthur Edwards

Doctor Honorario de la Universidad de Cambridge.

INVITACION

La invitación que circuló entre los elementos sociales y políticos de Santiago, Valparaíso y otras ciudades fué la siguiente:

Santiago, diciembre de 1932.

Señor

Muy señor nuestro:

Tenemos el agrado de invitar a Ud. a adherirse a una manifestación que diversos grupos sociales de Santiago y Valparaíso ofrecerán a Don Agustín Edwards el sábado 17 del presente, a la 1 P. M., en el Club Hípico de Santiago, como un reconocimiento de su labor patriótica durante su vida pública.

Saludan atentamente a Ud..

Carlos Besa.—General Luis Altamirano.—Vicealmirante Arturo Wilson.—Luis Claro Solar.—Almirante Carlos Ward.—Alejandro Lira.—Francisco R. Undurraga V.—José Luis Subercaseaux E.—Pedro García de la Huerta I.—Antonio Huneeus G.—Pedro N. Montenegro.—Luis Izquierdo.—Rafael Luis Gumucio.—Alejandro Silva de la Fuente.—Juan Manuel Valle.—Guillermo Subercaseaux P.—Romualdo Silvo Cortés.—Octavio Señoret.—Luis Aldunate Echeverría.—Miguel Letelier Espínola.—José A. Alfonso.—Joaquín Prieto Hurtado.—Oscar Valenzuela Valdés.—Eliseo Cisterna Peña.—General Enrique Bravo.—Alberto Mackenna S.—Lautaro Rosas.—Ruperto Alamos.—Luis Serrano

Arrieta.— Domingo Tocornal Matte.— Roberto Guzmán Montt.—Vicente Echeverría Larraín.—Manuel Antonio Maira.—Miguel Varas Velázquez.—Jorge Hurtado Vial.—José Fabres Pinto.—Eleazar Lezaeta A.—Luis Ramírez Sanz.—Ignacio Arteaga Undurraga.—Enrique Phillips Huneeus, Presidente "Veteranos del 79".—Alfredo Rossi, Representante Obrero en el Banco Central.—Juan Urzúa Madrid, Presidente Sociedad Artesanos "La Unión".— José Pinto, Presidente Sociedad "Dávila Baeza".—Alfredo Morán, Presidente "Unión de los Tipógrafos".—Emilio Muñoz Andrade, Presidente de la "Sociedad Unión Remolcadores, Donkeros y Empleados de Bahía" (Valparaíso).—Jorge Pohl Montt, Presidente de las Sociedades "Juan José Latorre" y "José Manuel Balmaceda", (Valparaíso).

EL POR QUE DE ESTE RECUERDO (1)

Reunen estas páginas, autorizadas opiniones emitidas, con ocasión del banquete dado a don Agustín Edwards Mac-Clure, a modo de justo desagravio, cuando arreciaba, hace meses, más que otras veces, el vendaval que en Chile, como en la generalidad de los países, sopla contra cuántos se destacan por diversos títulos.

En la vida propiamente política, acaso con mayor intensidad que en otros órdenes de las actividades humanas, es difícil evitar ataques emponzoñados. Son numerosos los perjudicados en sus intereses, pasiones o propósitos, cuando surgen figuras de merecimientos efectivos llamados a influir en la dirección de los asuntos públicos; y aun cuando éstas no pretendan cerrar el camino a otros, ni alienten ambiciones de honores o ventajas especiales, la masa, en que se confunden vulgaridades, fracasos, despechos y a las veces remordimientos, resiste, arremete, hiere, calumnia confiando en el éxito definitivo de las peores armas.

Sería candor inexcusable creer que la difamación en contra de nuestros hombres públicos es dolencia exclusivamente chilena, o siquiera latino-americana: también demos-

(1) La Comisión Organizadora del Banquete, solicitó del periodista, jurista y político, señor don Galvarino Gallardo Nieto tomara a su cargo el hacer una nota introducción a los discursos pronunciados en el banquete, siendo este cometido aceptado con el artículo que acompañamos.

traría olvido de la historia de todos los tiempos, pensar que es exclusiva de la época contemporánea. En todas las épocas, bajo todas las latitudes, el hombre convirtiéndose a menudo en lobo devorador de sus semejantes.

El sacrificio de grandes servidores de la humanidad, las persecuciones injustas, la maledicencia sistemática, fueron, son y seguramente serán siempre desgracias o fatalidades inevitables. Acaso pudiera sospecharse que son pruebas que necesitan soportar los hombres superiores, precisamente para excusar, y olvidar cuánto hay de ínfimo o deleznable en la especie, y continuar trabajando en bien de todos, sin desalentarse ante los abrojos del camino.

Hombres mediocres, apenas comprueban los sinsabores de la vida pública, y se sienten torturados por envidias, rencores o diatribas de gentes inferiores, dejan el campo, se alejan, creen inútil seguir trabajando en el desempeño de cualquier cargo público, y prefieren recluirse en el refugio del hogar, renunciando al derecho de colaborar a obras patrióticas, y a la obligación de interesarse noblemente por la suerte del país.

En cambio, individualidades ventajosamente dotadas, animosas, activas, llenas de intenso amor al suelo en que nacieron, reciben los zarpazos de la maledicencia, son injuriados sin razón, y calumniados sin piedad; y lejos de sentirse confundidos, abatidos, o desanimados, encuentran precisamente en las ruindades y en la maldad de otros, nuevas y poderosas justificaciones para seguir luchando, sin timideces ni vacilaciones, en pro del bien público.

Casi pudiera creerse que en ocasiones, los daños derivados de la injusticia humana, en la vida política, son más aparentes que reales: lastiman y arrojan fuera de las líneas de fuego a quienes no tienen la resistencia moral indispensable; y, en cambio, excitan y redoblan las energías de los mejor capacitados para prescindir de míseras agresividades.

Don Agustín Edwards Mac-Clure, obedeciendo a tradiciones y ejemplos mantenidos secularmente, entró desde los primeros años de su juventud a la Cámara de Diputados,

al periodismo, a cargos ministeriales y a funciones diplomáticas. Ha demostrado condiciones sobresalientes de patriotismo, actividad infatigable, suficiente para agotar a cualquier trabajador normal; ha sabido merecer la confianza de Gobiernos, partidos, empresas y de grandes benefactores que le encomendaron misiones arduas y que exigían talento y consagración excepcionales.

En un ambiente, como el que todos conocemos en nuestro país, trabajado por pequeñas emulaciones, envidias, y hasta por bajas intrigas, ha resultado excesiva la actuación inteligente de un ciudadano opulento que, por esto mismo, debía llevar, a juicio del vulgo, una existencia vegetativa, indolente, que nunca hubiese sido obstáculo a otras subalternas ambiciones. Dentro del anonimato presuntuoso en que algunos viven, no se perdona a Edwards ninguna de sus aptitudes. Antes, al contrario, son negadas, discutidas, o, en último término, atribuidas a cualquiera.

Con mucha exactitud, sintetizaba hace años estas flaquezas, don Enrique Mac-Iver, recordando que “en Chile, se practica con extrema habilidad el arte de deshacer hombres”.

Por suerte, no son escasas las almas bien templadas, a las cuales no pesa demasiado el deber de la gratitud; y, en definitiva, los pueblos hacen justicia a sus eminentes servidores, recuerdan sus virtudes, honran sus merecimientos.

La manifestación ofrecida a don Agustín Edwards Mac-Clure por admiradores, amigos, miembros de diversas instituciones culturales obreras, las más antiguas e importantes del país y agradecidos todos, a su obra múltiple y siempre bellamente inspirada, que lleva realizada en una edad en que otros empiezan a luchar, está suficientemente explicada en estas páginas: fué ese homenaje, oportuno y merecido, testimonio de que muchos honran a un gran ciudadano, creyendo legítimo pedirle que persevere en sus esfuerzos de bien público y de progreso de nuestra patria.

GALVARINO GALLARDO NIETO.

DOS PALABRAS

POR DON CARLOS BESA

Al señor Carlos Besa, distinguido hombre público y decano de los asistentes, le correspondió decir dos palabras, en primer término, para ceder la palabra al señor Alfonso, que ofreció la manifestación. La figura respetable, patriarcal, del señor Besa, fué objeto de las más cariñosas deferencias por parte de todos los asistentes.

Damos a continuación las breves, pero hermosas frases, con que don Carlos Besa exteriorizó los sentimientos afectuosos que guarda para el señor Edwards:

“Esta solemne manifestación que se ofrece al señor Agustín Edwards, está plenamente justificada por los antecedentes y méritos de tan ilustre ciudadano y distinguido caballero, eminente servidor público y hombre de trabajo que con inteligencia y patriotismo ha sabido formar su personalidad útil y respetable.

Es, también, esta manifestación muy honrosa y satisfactoria para los que tenemos el agrado de otorgarla, porque nos acompañan compatriotas de todas las tendencias políticas y sociales; y una poderosa y simpática parte de los obreros chilenos, cuyos representantes están aquí para expresar la adhesión de los trabajadores.

El señor Alfonso y otros oradores expresarán con amplitud y elocuencia, lo que yo, por mi edad, no podría hacer; y me limito a decir a nuestro festejado que es para mí muy grato expresarle en esta ocasión mi adhesión y mis afectos”.

DISCURSO DE OFRECIMIENTO

Por el señor JOSE A. ALFONSO

“Quiero comenzar las palabras que en nombre de todos vosotros le voy a dirigir al señor Edwards, evocando, por el motivo que veréis, el más antiguo recuerdo que conserva mi memoria de nuestro festejado.

Era aún el señor Edwards, puede decirse, un muchacho. Iba ya, sin embargo, alcanzando una edad en que el hombre se siente atraído casi invenciblemente a los placeres y distracciones sociales. Perteneía a una familia opulentísima. Las puertas, pues, le estaban de par en par abiertas para la vida fácil y cómoda de esos placeres y distracciones. Era lo que hacía la juventud dorada de su tiempo; era, aún más, lo que hacen casi todas las juventudes de todos los tiempos y que disponen de aquellas facilidades. Pues bien, ¿sabéis qué hizo el señor Edwards? Ingresó de simple empleado, en la baja categoría de principiante, con un sueldo escaso, al Banco Nacional de Chile, la institución bancaria más importante de la época. El contraste con lo acostumbrado era violento. La sorpresa fué, en consecuencia, general, y más todavía, entre los que estaban al corriente de las cosas, cuando se vió al riquísimo joven cumplir severa, estricta y puntualmente con sus obligaciones.

¿No veís, señores, en semejante iniciación, la clave en-

tera de la vida del señor Edwards, vida toda ella de trabajo, de esfuerzo, de puntualidad, vida de vencimiento, en una palabra? Abandonaba el camino llano y fácil de las satisfacciones que producen el dinero y el rango social para lanzarse al camino áspero de la conquista de la vida como el más humilde y desprovisto de los hombres. Se rompía a su respecto aquel principio que dice que la pobreza es un estímulo que el rico no puede dar jamás a su hijo, y se rompía a virtud de dos circunstancias: la buena educación tradicional en la familia, de origen británico, y la voluntad incontrastable del señor Edwards, fundamentada en aquel su vencimiento de las naturales inclinaciones o instintos, a que acabo de referirme, y que marca siempre a los hombres con el sello del valer y de la superioridad.

Y si, como se ha dicho, el rico es un trabajador obstinado, el señor Edwards tiene la doble fortuna de su riqueza moral, de su voluntad, de su esfuerzo, de su trabajo pertinaz y sin descanso en tantos ordenes de actividades, utilísimas para la nación. Estadista, diplomático expertísimo, financista, historiador, periodista, benefactor público, su extraordinaria e incansable labor abarca en verdad la múltiple actividad de varios hombres.

A él, como a pocos, ha podido aplicarse el pensamiento tan exacto de Longfellow, fielmente traducido en esta bellísima estrofa, que, con su acento viril y estimulante, debería constituir la diaria oración matutina de todo ciudadano:

No son el fin de nuestra humana vida
ni goce ni pesar, risa ni llanto,
sino la **acción** para que cada aurora
nos halle más allá ¡**siempre avanzando!**

Lo que nos hace falta en este país son precisamente hombres de este temple, hombres constructores o propulsores; lo que nos hace falta son aquellos varones de selección, que van siempre adelante, abriendo caminos, esparciendo la luz del progreso y sembrando beneficios. Si hubiéramos dispuesto de muchos Edwards, habríamos tenido

menos dictaduras, menos florecimiento de aventureros políticos y, ciertamente, menos miseria en el país.

Pero lo que no se le perdona al señor Edwards—y entramos un poco, con la natural repugnancia, a la miseria ambiente— lo que no se le perdona es que habiéndole favorecido la suerte y su trabajo, más su trabajo que la suerte, con los dones de la fortuna, es que tenga a la vez talento y, sobre todo, que escriba, que escriba buenas y aplaudidas obras, honra de la literatura nacional. Querrían esos espíritus que el señor Edwards no escribiera ni una sílaba, aun más, que se apagara totalmente. Ya Lastarria lo dijo, aludiendo a una marcada tendencia nacional: la envidia es la primera virtud chilena. Y él sabía lo que decía. El sabía que ni siquiera el gran Bello — que, por el conjunto de sus talentos y de los servicios prestados al país, es acaso el ciudadano más eminente de la República —él sabía que ni siquiera este eminentísimo varón se había escapado de esa venenosa procacidad nativa, y a que él mismo Bello alude piadosamente en su admirable “Oración”, cuando le dice a su hija que al cielo implore “Por el que destroza una fama pura—y en la aleve mordedura—escupe asquerosa hiel.

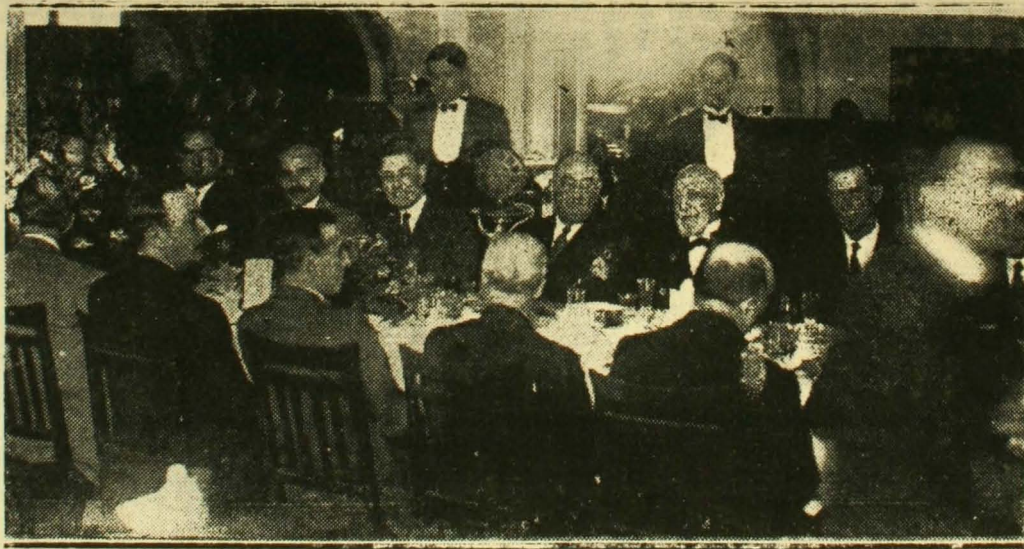
Aquellos envidiosos, destrozadores de honras, olvidan, sin embargo, que llevan en su propia culpa su castigo, si hemos de creer a quien dijo justamente que la envidia no es más que un homenaje que la incapacidad rinde al mérito.

Pero, señores, al lado de la sombra, y disipándola, brilla la luz. Al lado de la sombra diabólica de la mentira, brilla la luz reparadora de la verdad. Y celebremos que la sombra se haya hecho. Celebremos que del fondo obscuro de los ataques y de los denuestos de mal intencionados, mal informados o ignorantes chilenos, haya surgido, más brillante y más incontrastable, la figura moral e intelectual de Edwards. Y no sólo celebremos circunstancia tan propicia, sino todavía más, agradezcámosles a esos mal informados, mal intencionados o ignorantes chilenos que la luz meridiana haya brillado más pura; agradezcámosles que esa luz haya destacado singularmente, y en to-

da su meritoria complejidad, un digno ciudadano; agradezcámosles que hayan ellos contribuído eficazmente a que el hombre bueno y gran patriota, más distinguido y apreciado en el extranjero que en su propio país, sea reconocido y justipreciado por los que antes lo ignoraban o lo olvidaban. Agradezcámosles, en fin, que de esos ataques haya nacido, a modo de desagravio, esta imponente manifestación de simpatía.

Aquí, expuestas estas generalidades sobre la personalidad a quien hoy celebramos, habría querido a poco más concluir, a fin de no fatigaros. No resisto, sin embargo, al deseo de entrar en un detalle, porque estimo que es en este momento de toda oportunidad recordarlo, tanto más cuánto que él arroja viva luz sobre uno de los aspectos más brillantes de nuestro festejado, sobre su personalidad literaria, manifestada singularmente en la obra recién publicada, "Cuatro Presidentes de Chile", aquella que nos deleitó durante los 91 días en que consecutivamente apareció en las columnas de "El Mercurio", constituyendo ella día a día la atención preferente del lector matutino de ese diario, y constituyendo ella también el suceso literario más celebrado del año que termina. Y cómo no habría de haber historia que, diría, parece de realce, de bulto, en donde vemos moverse a los personajes en medio de todo el ambiente o colorido de la época, don inapreciable en un historiador.

Los que alcanzamos a nacer en los últimos días de la administración Montt, los que hemos oído la relación fidedigna de aquellos sucesos a los contemporáneos de ellos, los que, aun más, alcanzamos a presenciar y darnos cuenta, avanzando el tiempo, de alguna parte de esos mismos sucesos, podemos juzgar el tino, el acierto, la rigurosa exactitud con que el señor Edwards los describe, en ese su lenguaje sencillo, claro y limpio, tan propio del historiador **ad narrandum**, como lo es nuestro autor. En esa obra resalta, en toda su hermosa realidad, aun para el observador superficial, la circunstancia importantísima de cómo fueron acumulándose, en aquellos años y por aque-



El señor Edwards en la Mesa de Honor, acompañado del señor Carlos Besa y los señores Ministros de Hacienda Pérez Canto, Guerra General Sáez y Marina Contraalmirante Swett, Vicealmirante Wilson y señor José A. Alfonso y Dr. Covarrubias Pardo, presidente del Club Hípico

llos hombres, los elementos de orden moral que nos habrían de permitir, años después y con débiles medios pecuniarios, desplegar un esfuerzo realmente portentoso, cuando nos vimos forzados a abandonar los campos de cultivo por los campos de batalla.

Especialmente—y ello debemos también agradecerse al señor Edwards—el momento elegido para propagar y popularizar por la prensa la historia de aquellos 35 años de la vida severa, frugal, contenida y eficiente del país, no ha podido ser más oportuno, como que constituye aquel tiempo un ejemplo de corrección, acierto, prudencia y patriotismo que contrasta con los inverosímiles últimos deformes tiempos que hemos vivido, tiempos de atropellos, desaciertos, derroches y crímenes, que han debilitado y sangrado al país, hasta dejarlo en el estado en que hoy se encuentra y del cual sólo podrá ir dificultosamente convaleciendo. En ese claro y luminoso espejo de los “Cuatro Presidentes” han de mirarse, pues, y siempre con provecho, el Chile del presente y el Chile del mañana.

Comencé este ofrecimiento con un recuerdo. Quiero terminar con otra remembranza que creo también oportuna. A medida que luengos años van cargando más y más sobre nuestras espaldas, vamos también ahondando más y más en la vida perdurable de los tiempos idos. Excusadme, pues, vosotros.

Hace de ello más de medio siglo. Vuestro padre, señor Edwards, le ofrecía al mío una manifestación en Valparaíso, al abandonar mi progenitor su judicatura en aquel puerto para venir a Santiago a tomar parte en el Gobierno de la República. Por un vuelco feliz de los tiempos y de las circunstancias, tócame hoy a mí, al ofreceros esta manifestación, volveros la mano y pagaros en la misma buena y leal moneda, tarea para mí gratísima, tanto más cuanto que en este momento—uno de los más solemnes de vuestra vida de ciudadano y de patriota—ha de repercutir hondamente en vuestro corazón el recuerdo de vuestro padre, de aquel que os dió la línea salvadora del deber y del honor, cuyos frutos inapreciables habéis ido recogiendo en

el curso de vuestra fecunda vida; y no es de los menos valiosos el que se os ofrece hoy, en forma de gratitud por vuestra obra y de afecto por vuestra persona. No en balde en el Gran Libro resuena esta sentencia, cuyo eco grave traspasa las edades: “Acordaos de lo que hicieron vuestros padres cuando fué su hora y adquiriréis una gloria eterna y un nombre inmortal”.

Vuestros ilustres antecesores os han llamado a la gloria, y vos, en verdad, señor Edwards, sin descanso y sin desmayo, os habéis esforzado por alcanzarla.

Por eso, por vuestro esfuerzo, por vuestro patriotismo, por vuestros servicios eminentes, por haber llevado, con honra inmarcesible, el nombre y el prestigio de la República mucho más allá de sus fronteras, os encontráis en este momento rodeado por vuestros conciudadanos reconocidos, sin distinción de creencias, de partidos ni de clases, quienes, representando vastas corrientes sociales y populares y—no sería temerario afirmarlo—la parte más sana y consciente del país, se estrechan alrededor vuestro para aplaudiros y aclamaros.

¡Señores, de pie, por don Agustín Edwards!

DISCURSO DE AGRADECIMIENTO

Por el Sr. AGUSTIN EDWARDS

El señor Edwards comenzó diciendo que su primer deber era inclinarse ante la venerable figura de don Carlos Besa, que había abandonado el retiro de su hogar para concurrir a tan brillante fiesta, y a cuya organización había contribuído con el prestigio de su nombre.

La concurrencia saludó cariñosamente al señor Besa y también al señor Edwards.

He aquí las palabras que pronunció en seguida el festejado:

“Inexcusable petulancia sería interpretar esta manifestación a guisa de reconocimiento de servicios públicos como los que me ha cabido en suerte prestar, bien escasos por cierto, en importancia y número, a pesar de los conceptos elogiosos con que ha querido revestirlos la bondad de mi respetable amigo don José Alfonso.

Los servicios públicos no tienen—a mi juicio—más mérito que el que encierra el cumplimiento de cualquiera otra obligación del hombre civilizado. No crean títulos especiales a la gratitud pública: son, simplemente, la contribución de sangre de la ciudadanía; representan la compensación a que la comunidad tiene derecho por los beneficios otorgados por el solo hecho de existir organizada; compensación que debe guardar relación progresiva con

éstos; son, por fin, la expresión consciente y tangible del sentido y alcance de la palabra “patriotismo”, que brota tan fácilmente de todos los labios, pero anida en bien pocos corazones

No hay proporción alguna entre la magnitud moral y material de esta reunión y lo que el noble intérprete de los asistentes a este banquete en su gran bondad ha llamado mis servicios públicos. Otra más honda debe ser necesariamente la causa que ha movido a tan gran número de hombres de bien a reunirse hoy aquí. Es esa otra causa la que me indujo a vencer mi primer impulso, que fué agradecer esta manifestación y excusarme por falta de títulos para aceptarla

Me conmueve lo que hay en ella de personal e íntimo. El deseo de ofrecirme una adhesión pública después de grandes sinsabores, penetra muy hondo en mi espíritu, saturándolo de infinita gratitud. Esa emoción seguramente repercute con fuerza en cada uno de los que participan en esta comunión de corazones, porque el afecto es contagioso y siempre recíproco: amamos a los que nos aman, nos repugnan aquellos a quienes nosotros inspiramos repugnancia; atravesamos, en suma, el camino de la vida, con sus campiñas risueñas y sus valles de lágrimas, sus días de sol y sus noches oscuras, viendo reflejados como en un espejo, en el semblante de los demás, nuestros propios sentimientos.

Empero, ese carácter íntimo y personal que crea entre nosotros un ambiente cálido de simpatía y comprensión recíproca, no justificaría por muy intenso que fuese, una reunión de esta magnitud. Hay necesariamente algo más. Me lo dice el sentido de las proporciones y mi propia conciencia. Lo que hay, en verdad, señores y amigos, es cansancio y repugnancia, cansancio horrible, repugnancia atroz, por la obra sistemática de demolición de la honra que vienen consumando manos criminales e insensatas, por el comercio indigno que se viene haciendo con la calumnia, por la prostitución desvergonzada de la augusta y noble misión de la prensa, en suma, por la campaña de socayamiento de nuestra estabilidad social y política, que pu-



El señor Edwards leyendo su interesante y aplaudido discurso de agradecimiento

diera comparar a la polilla que va carcomiendo los maderos en que descansa la estructura de toda sociedad civilizada.

Un núcleo poderoso de opinión que no reconoce banderíos políticos, ni jerarquías sociales y siente que por encima de esas barreras convencionales, hay un sentimiento superior de solidaridad moral entre los hombres honrados de todas las esferas humanas, se levanta hoy para señalar a la sanción pública a los que han echado mano de la honra ajena para especular políticamente con ella, valiéndose, ya de halagos ponzoñosos, ya de jocosidades malsanas; a los que han hecho escarnio de la miseria, imaginándose que podían movilizarla eficazmente para satisfacer inconfesables ambiciones. Ese núcleo poderoso de opinión reunido aquí, denuncia a los fermentados apóstoles que incitan a la ilusión con quimeras, y al odio y a la venganza contra la sombra, hudiéndonos todavía más en la pobreza, y viene a manifestar, con su sola presencia, que no permitirá que siga predominando impunemente la voz de los atrevidos que le han dado en la frente coronada de espinas, a un pueblo que sufre, el beso de Judas de despreciables impostores.

Es el instinto de conservación de una comunidad civilizada que tiene conciencia de sus tradiciones y guarda el culto de la moralidad y de la ley, lo que ha dado impulso y solemnidad a esta magnífica reunión. Yo soy simplemente la oportunidad. Sin embargo, honra grande para mí, señores y amigos, es ser la chispa ocasional que enciende el fuego de la indignación pública ante la obra nefanda de destrucción de todos los valores que forman el patrimonio espiritual de nuestra patria.

En los últimos tiempos se ha emprendido una cruzada criminal contra nuestras instituciones fundamentales, contra los servidores públicos presentes y pretéritos, aun contra las personas privadas, procurando revestirlo todo con el ropaje del ridículo, o colorearlo todo con los tintes dudosos de la malevolencia. Ninguna fuerza positiva chilena, llámese Gobierno, industrias, letras, gremio obrero o simple ciudadano, ha escapado a este desborde de la procacidad Y

vamos triturando con los dientes incisivos de la difamación lo poco que deja en pie el vendaval de la crisis moral y económica que azota al mundo.

Todo puede destruirse con la maledicencia; nada se edifica sobre ella; como no puede levantarse ni siquiera el puntal de una choza sobre el terreno movedizo de un lodazal.

La trama que sostiene la tela de la civilización es finísima y sutil. Basta que ceda un punto para que el tejido se deshaga en los filamentos primitivos. Cada ataque calumnioso es una gota de ácido corrosivo que carcome esa tela, y la mancha y perfora.

La conciencia de ese daño ha reunido aquí a tan numerosos y eminentes ciudadanos, sin distinción de creencias, partidos ni clases, como ha dicho don José Alfonso.

Cruzada de verdadera y legítima depuración y cultura cívica es el sentido real de este banquete. Abominamos de los que quieren destruir, a toda costa, la paz de la familia chilena.

Queremos paz en todo orden de cosas: paz interna, paz externa, paz social, paz económica. La paz vale más, mucho más aun que la alegría. La alegría es como un día hermoso pero agitado, en tanto que la paz, la divina paz, es como una noche plácida y serena en que todo descansa: el cuerpo y el espíritu. Los que han acudido a esta generosa cita anhelan la paz entre todos los chilenos.

Para que haya paz, verdadera paz entre nosotros, necesitamos, ante todo, que no continúe el engaño del pueblo con halagos quiméricos y el envenenamiento de los espíritus con imputaciones calumniosas. ¿Quién no sabe hoy que el programa de cualquier gobernante del mundo, sea aquí o en otras naciones, no puede tener contornos milagrosos, acentos épicos ni proporciones geniales? Es, sin embargo, grande, muy grande, ese programa en la admirable sencillez de los principios a que debe sujetarse: orden, trabajo, economía, caridad. Lo difícil es aplicar tan primitivas y puras nociones en un mundo enmarañado en una madeja de ideas estrafalarias, incongruentes y anárquicas, que deforman los problemas más sencillos, obscurecen el sentido

común y sirven de caldo de cultivo de los alquimistas, empeñados en buscar por senderos tortuosos lo que sólo se encuentra en el camino recto, ancho y despejado de la experiencia de la humanidad a través de los siglos.

Sabemos que la paz de la familia chilena, no se alcanzará con específicos, sino con régimen, como dice el sentido común. Nuestro cuerpo económico maniatado por mil ligaduras en el afán enfermizo de consolidarlo, enervado por el artificio, atrofiado por una circulación incompleta en sus arterias, aturdido por la vocinglería de los que quieren hacerlo caminar a punta de palos, como el arriero al borrico empacado, no restablecerá sus fuerzas si no hay orden público, si los chilenos no trabajamos y economizamos, si no nos respetamos y ayudamos los unos a los otros, como ordena la caridad cristiana.

No podría corresponder mejor al generoso impulso de todos los que han querido rodearme hoy con su cariño y confianza, que ofreciéndome, en lo poco que valgo y puedo, para luchar con todos los hombres sanos en la defensa denodada de nuestro Derecho Público, de nuestras tradiciones republicanas y democráticas, de los Poderes Públicos libremente elegidos por la voluntad soberana del pueblo, de nuestros hogares, del fruto de nuestro trabajo, de los derechos de todos y primordialmente, de los desamparados, que son los más necesitados de defensa. No creo equivocarme: el espíritu de esta magnífica reunión es, sin duda, que los demoleedores de la estabilidad chilena, sepan que son muchos los que están prontos a defenderla a costa de cualquier sacrificio, muchos los que piensan que la verdadera grandeza de una nación reside en su elevación moral, muchos los que veneramos a los hombres que hace ciento dos años supieron aplastar la anarquía en Lircay y no creyeron que su vida valía más que la libertad basada en el orden y el orden basado en la libertad”.

DON OCTAVIO SEÑORET

Senador por Aconcagua

A nombre de la ciudad de Valparaíso

Señores:

El haber nacido en un ambiente en que la fortuna sonríe desde los primeros pasos y permite mirar desde el principio el horizonte de la vida sin ansiedades, no es, por regla general, la mejor escuela para forjar caracteres ni cultivar inteligencias; innumerables son aquellos, que generosamente dotados por la naturaleza, formados en otro ambiente, habrían alcanzado grandes destinos, y que debido a la falta de ocasión para templarse con las realidades de la vida, han marchado por el mundo sin dejar huellas de sus pasos.

Casi todos los hombres cuya vida de luchas y triunfos, en cualquier orden de cosas, nos atrae, la han iniciado en modestas condiciones.

Interesante es, pues, encontrarse ante una individualidad que ha sabido ser una excepción; cuya fuerte personalidad le ha permitido sustraerse del rambo que parecía el destino haberle marcado de antemano; y que por el contrario, aprovechando inteligentemente las circunstancias favorables que la vida le brindara, ha podido prepararse en condiciones excepcionales para rendir en beneficio de su patria frutos que le han conquistado la gratitud y el cariño de sus conciudadanos.

Don Agustín Edwards, en este sentido es un ejemplo

que debe ser considerado por todos aquellos a quienes la vida brinda facilidades; si el concepto de los deberes que para con la sociedad tiene nuestro festejado de hoy anidara en el alma de todos aquellos privilegiados, menores serían las miserias morales y materiales: la comprensión de los deberes de los de arriba traería como necesaria consecuencia el que hubiera menos odios en el corazón de los de abajo.

Miremos la vida de don Agustín Edwards, y habrá de llamarnos desde el primer momento la atención su extraordinaria potencia de trabajo: diplomático, periodista, escritor, político, hacendista, ha desarrollado en cada una de estas ramas de actividades labor suficiente para llenar la vida de un hombre, y en cada una de ellas ha sabido ser un triunfador.

Y sobre esta cualidad admirable resalta en él una virtud fundamental, su enorme patriotismo; ha sido éste el motor que ha impulsado y dado carácter a cada uno de los actos de su vida, en él ha encontrado las fuerzas necesarias para no sentirse abatido y luchar siempre, a pesar de la campaña de condenables e innobles pasiones que cada uno de sus actos provoca.

Valparaíso, que conoce desde niño a don Agustín Edwards, que ha seguido con cariño cada uno de sus pasos, que lo considera como un hijo predilecto, se asocia con orgullo a esta manifestación y condena con energía la campaña infame de los últimos tiempos.

DON JUAN URZUA MADRID

Presidente de la Sociedad Artesanos "La Unión"

"Don Agustín, señores:

No empezaré por pedir las excusas acostumbradas, por los méritos y condiciones del orador, quien ha recibido el encargo de hablar a nombre de un amplio grupo de sociedades obreras, mutualistas y culturales, aquí representadas por numerosísimas delegaciones y que han venido a exteriorizar una vez más su aprecio y reconocimiento al ilustre ciudadano que en estos momentos festejamos; pero sí debo pedir un poco de benevolencia para escuchar estas palabras que sólo están inspiradas en los más altos principios de justicia, y destinadas a llevar hasta el alma de nuestro buen amigo don Agustín Edwards el convencimiento de nuestro afecto más sincero y nuestra gratitud más pura

Los que militamos en las sociedades mutualistas, podemos sin ningún prejuicio, apreciar y comprender la labor que cada uno de los hombres de nuestro país realiza, y al mismo tiempo comparar la actuación que les cabe desarrollar; es por esto, señores, que muchas de las colectividades obreras y culturales de Santiago no han querido dejar escapar esta brillante oportunidad para estrechase alrededor de este meritorio ciudadano y demostrarle que en estos momentos donde se ha puesto a prueba la amistad y estimación, estamos también unidos a él como hemos estado en los momentos en que ha llegado hasta nuestros hogares societarios a ilustrarnos con su saber y poner a nuestro servicio sus conocimientos profundos sobre los temas que aborda en sus amenas charlas.

La clase trabajadora de Chile no sólo le debe estar agradecida a

don Agustín por su cooperación en muchas colectividades obreras, donde presta su concurso desinteresado, sino que también tiene que estarlo por lazos más fuertes que le ligan con la obra generosa de sus magnánimos hermanos, la profunda enseñanza de sus abnegados padres y la ejemplarizadora vida de sus ilustres abuelos; siempre todos ellos han estado, en las tres generaciones, atendiendo con su alma caritativa y pródiga generosidad las incontables necesidades de que eran sabedores y que en todo momento estaban llanos a aliviar.

No tengo por qué detenerme a citar los numerosos y dilatados servicios que don Agustín ha prestado a nuestro país, y que son lo bastante conocidos de todos vosotros y altamente reconocidos en el continente sudamericano y estimados también allende los mares; quiero sólo hacer presente los momentos en que muchos de los que me escuchan han sido testigos de la actuación entre los obreros de sus propias faenas, de este patrón ejemplar y trabajador incansable, que como digo, con sus propios empleados ha trabajado codo con codo, a fin de llevar a feliz término las labores técnicas de las publicaciones de que es y ha sido su propietario.

Todos sus compañeros de tareas han recibido su inspiración hacia el trabajo y el influjo benéfico de su personalidad dinámica, que con su actividad asombrosa ha determinado que su nombre vibre a lo largo del país desde Arica a Magallanes; y no ha bastado todo esto, pues también ha traspasado las altas montañas andinas para llevar por dondequiera que se le confie una misión, el nombre de Chile, en forma que merece la gratitud y respeto de un pueblo.

Por la circunstancia que nos encontramos reunidos en estos instantes, la persona de don Agustín Edwards presta un nuevo servicio a las colectividades obreras y a muchos de vosotros, pues nos da a unos y a otros la oportunidad de conocernos más íntimamente y para que en muchos de los que me escuchan, despierte el interés por estos grupos que llamamos mutualistas y que reúnen siempre esforzados obreros que por su capacidad, honestidad y sacrificios, logran llegar a ser sus dirigentes; siempre en ellos impera el orden y aspiran al bienestar de sus semejantes y saben reconocer los méritos y pueden confraternizar con todos vosotros alrededor de estas mesas, para rendir un homenaje a la persona que sintetiza el esfuerzo y que bien merece nuestro aprecio.

Es incuestionable que el sentimiento de confraternidad hacia la persona de don Agustín que todos nosotros experimentamos, debe per-

durar en nuestros corazones y estrecharnos en mutua y sana comprensión; se deben olvidar viejos moldes y debéis estar atentos a que, si vosotros reconocéis que los deberes de un buen patriota son servir a su pueblo, así también el pueblo no olvidará y sabrá reconocer los méritos a sus buenos servidores, como en estos momentos lo hace por intermedio de las sociedades obreras aquí representadas.

El hecho de que nuestro festejado esté tan íntimamente ligado para el futuro con la clase trabajadora de nuestra patria, por ser el impulsador de la Fundación Santa María, que beneficia en forma admirable, directa y única, al desvalido, y que es una obra digna de la memoria del hombre que la instituyó, este hecho bastará para que todos los que hemos amado el progreso, el orden y la cultura de nuestro pueblo, sintamos hacia don Agustín, profundo respeto y para que muchas madres veneren su nombre en un futuro no muy lejano. Esta obra, que a corto plazo será orgullo del continente, ligará su nombre con eslabones indestructibles y para siempre a las clases trabajadoras, pues los grupos de muchachos que salgan de sus aulas, con los conocimientos técnicos necesarios para luchar en la existencia, el alma limpia por una vida sana, la alegría en el rostro por el optimismo de su saber, y el corazón lleno de gratitud hacia sus benefactores, será la herencia más preciada que don Agustín pueda legar a sus descendientes y el justo premio a los muchos sinsabores que estas ingratas y mal comprendidas tareas le han proporcionado.

Nosotros, los obreros beneficiados directamente por la naturaleza con el precioso dón del trabajo, podemos comprender mejor que nadie la obra de don Agustín, en beneficio de los obreros que ahora pueden recibir la educación y preparación eficiente para capacitarlos en el futuro para una carrera técnica que les asegure el bienestar de su hogar y la felicidad de su familia, y mejores días esperan a este privilegiado país, con estas falanges de obreros honestos y bien preparados. Nunca, como ahora, don Agustín, podéis sentirnos más satisfechos de haber servido a vuestra patria y bien sabéis que siempre, en la historia de la humanidad, los más grandes y mejores servidores han sido incomprendidos y hasta escarnecidos, y, sin remontarnos a países lejanos, podéis ver que los propios héroes de las gloriosas campañas guerreras de nuestra patria son mal correspondidos, habiendo hecho también ellos cruentos sacrificios de sangre y vidas.

Don Agustín: aceptad por mi intermedio el homenaje de reco-

nocimiento que las sociedades obreras aquí representadas han querido rendir a vuestra persona y que es sólo un reflejo del afecto que se os guarda, y contadnos siempre como vuestros mejores y leales amigos, que os reconocen y agradecen los valiosos servicios que prestáis a vuestra muy querida patria”.

EL SEÑOR MAZZINI

A nombre de los Empleados Particulares Cesantes

Señores:

En un momento culminante como éste, en que se tributa el homenaje más espléndido a un talentoso servidor público, precisa decir que nada de esto hubiera sido necesario, porque la brillante vida pública de don Agustín Edwards Mac-Clure es universalmente conocida y la gratitud nace espontánea en el corazón de todos sus conciudadanos. si una campaña social funesta y disolvente no viniera envolviendo entre sus pliegues a las más destacadas personalidades políticas de nuestra vida nacional.

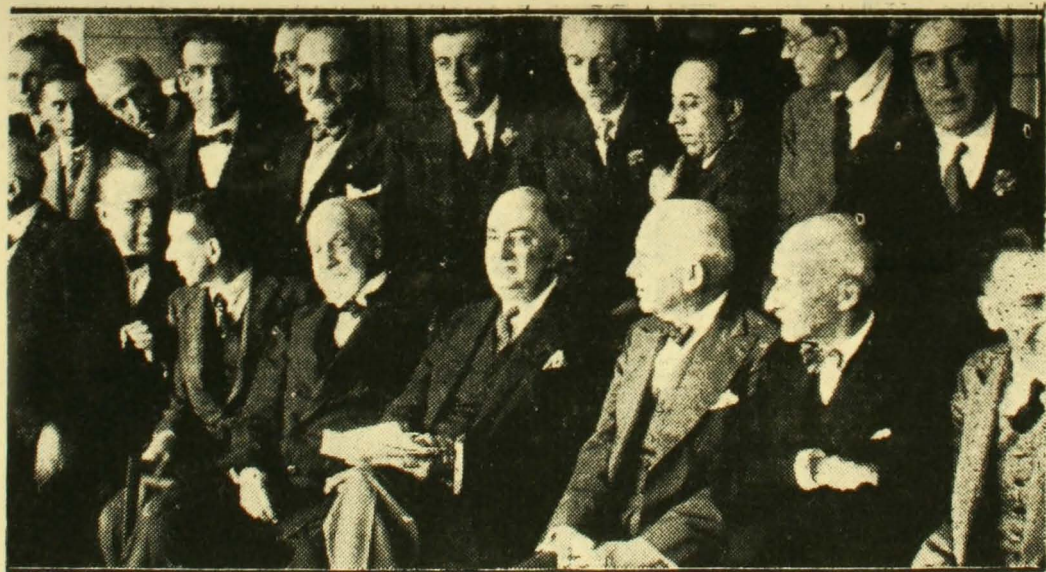
Y esta campaña no tendría mayores consecuencias, si sus arraigos no tuvieran dentro de la misma administración pública desde donde no desperdician ocasión para su funesta propaganda.

He sido testigo de esta prédica constante de esos elementos y también he sido objeto de múltiples insinuaciones, de manera que hablo por experiencia propia; por eso señalo el peligro y agrego, que mientras no se corten esos arraigos que hay dentro de la administración pública, el peligro aumentará día por día, y no existirá paz en nuestra patria, ni tranquilidad para nuestros servidores públicos.

He ahí la causa, por qué nos reunimos aquí en estos momentos; he ahí la causa de buscar esta forma de expresar nuestra adhesión a don Agustín Edwards, que ha comprometido, cien veces en su vida pública, la gratitud nacional.

Indicado el peligro, deseo formular un voto y una petición:

El que habla y las personas que representa desean ver a don Agustín Edwards en el sitio que por su talento y por su patriotismo le corresponde, rodeado del respeto y de la admiración de sus conciudadanos y desean pedirle que no mire indiferente a los empleados particulares cesantes, como un reducto del comunismo; nó, mil veces nó. Ese grupo numeroso está formado por hombres sanos, patriotas, nobles, y leales admiradores de don Agustín Edwards.”



El señor Edwards acompañado de los señores Vicealmirante Wilson, don Carlos Besa, don José A. Alfonso, Dr. don Alvaro Covarrubias, presidente del Club Hípico, y diversos caballeros y miembros de las sociedades obreras asistentes al banquete

DON SERAFIN GUERRA

A nombre de los elementos izquierdistas de Valparaíso y Santiago

Señores:

Se han puesto ya de relieve en el curso de esta manifestación los importantes servicios prestados al país por don Agustín Edwards en el desempeño de diversos cargos públicos.

Yo me referiré solamente a un aspecto que me ha sido dado percibir directamente de las actividades del festejado, que constituye como un modesto episodio en el dilatado campo de su vida.

Conozco personalmente al señor Edwards sólo desde mediados de Junio del presente año, con motivo de haber tenido que asistir, en el carácter de Alcalde de Valparaíso, a las sesiones del Directorio de la Fundación Santa María.

Tenía verdadera curiosidad por verle actuar. Francamente, debo decir que si se me hubiese pedido en aquella época definir mi estado de ánimo a su respecto, no creo lo hubiese estimado de lo más favorable, debido a la influencia, que, aunque sea en forma insensible e inconsciente, fatalmente tienen que ejercer en los espíritus despreocupados los ataques, las campañas y murmuraciones reiteradas de que se hace objeto a terceros. Porque, así como hasta los cascos de acero de los buques son dañados, aunque sea superficialmente, por las sales y elementos del mar, la reputación de los hombres no deja de ser afectada por la murmuración y los ataques constantes.

Desde la primera reunión, recibí una gran sorpresa: El señor Edwards no era el hombre que yo me imaginaba y que tal vez muchos se imaginan, a través de la leyenda que a su alrededor

se ha forjado. La realidad destruía a la ficción. Era él también un ser humano, que, como fluía de todos sus actos, vibraba al impulso de los más nobles sentimientos que pueden agitar al ser más sensible.

Me impresionó, ante todo, la afabilidad, la sencillez, la cortesía constante, casi podría decir la modestia, del señor Edwards, que empleaba naturalmente, como pude comprobarlo más adelante, en su trato con todas las personas, por humildes que fuesen, ya con su personal subalterno, ya con los alumnos de las escuelas.

Este modo de ser en una persona de su situación política, social y económica es, por sí solo, un mérito inmenso, digno del mayor encomio, aquí donde el estiramiento y el orgullo parecen ser un atributo indispensable de la aristocracia y de la plutocracia.

Mi sorpresa fué en aumento al constatar, en el transcurso de las reuniones, que el señor Edwards aparecía completamente informado y posesionado, hasta en los menores detalles, de todas las cuestiones y problemas relacionados con la Fundación y con el funcionamiento de sus escuelas. Nada escapaba a su preocupación e investigación: ni el plan de estudios, ni las construcciones hechas o por hacer, ni las maquinarias existentes, ni el número de alumnos en cada curso. Al tratarse cada punto de la tabla, el señor Edwards, que es el Presidente de la Fundación, nos daba a conocer los antecedentes de cada asunto y nos proporcionaba todos los datos correspondientes, en forma tan acabada y perfecta que todos los directores quedaban en situación de dar su opinión y voto sin mayores dificultades ni indagaciones.

No pude menos de participar, después, a uno de los directores la verdadera admiración que me había causado el ver que una persona de las actividades del señor Edwards pudiese imponerse tan minuciosamente de todas las materias, que eran bastante numerosas, concernientes a la Fundación, cuando cualquier otro, en su lugar, habría descansado en los informes proporcionados por alguno de los funcionarios inmediatamente a cargo de las respectivas secciones, y ese director me contestó: "Don Agustín siempre es así". En todo aquello que él debe intervenir, estudia a fondo y concienzudamente los datos y aspectos pertinentes, sin tomar descanso y sin escatimar tiempo ni esfuerzos".

Aparece, así, de manifiesto, una de las características de esta desecellante personalidad: su amor al trabajo y su gran capacidad para el mismo, a que acaba de referirse el senador por Valparaíso.

Un hombre que nació y ha vivido disfrutando de los beneficios de la fortuna, que no necesitaba someterse a la dura disciplina del estudio y del trabajo, en vez de rehuirlo, como tantos otros, se dedica a ellos con todo el vigor de su espíritu y con todas las energías de su gran voluntad. Los más de los mimados por la fortuna, si no todos, desertan del país, y, en el extranjero, llevan fácil y regalada vida, mientras dilapidan, en medio de frívolos placeres, los bienes amasados en Chile. Don Agustín, al contrario, se queda en su patria, y en ella labora, y en ella acomete empresas múltiples, que activan el progreso industrial del país y dan trabajo a sinnúmero de obreros. Si así obrase la mayoría de nuestros magnates, el porvenir de Chile estaría asegurado.

La figura de don Agustín Edwards se agiganta de este modo. Es un ejemplo para pobres y ricos: para éstos, implica una demostración de que el trabajo no es incompatible con la opulencia, sino, al contrario, una obligación, y, para los pobres, una lección: que el trabajo no envilece, sino que dignifica y debe ser la suprema aspiración y razón de ser de toda existencia humana.

Así realiza el señor Edwards la gran virtud del trabajo, que es la palanca que mueve el carro del progreso del mundo, la base del desarrollo individual y social y el fundamento de la civilización: ¡se hace bien, pues, en rendir culto al trabajo en todas sus manifestaciones!

Durante algunas visitas a los talleres de la Fundación Santa María, verdadera cristalización o concreción de los años del señor Edwards, pude comprobar una vez más cómo se ha preocupado del cumplimiento de su misión, del afecto con que trata a los pequeños estudiantes y cómo éstos le corresponden.

Aquello merece el nombre de templo del saber. Junto con entrar a los edificios, se tiene la sensación de haber llegado a otro país, pues se encuentra uno en un ambiente desconocido en Chile por las líneas de la arquitectura, por la concepción del conjunto, por la limpieza y orden que en todo reina. Sería sumamente conveniente establecer algún medio que indujese a todo el mundo a visitar aquellos magníficos talleres, fijando algún honorario al efecto. Así el público se cercionaría de que toda ponderación es poca ante la realidad.

Estas escuelas son la resultante de un esfuerzo gigantesco: una grandiosa y costosísima obra.

Los métodos de enseñanza están allí tan bien calculados para des-

partar el interés de los estudiantes y éstos son tratados con tantas consideraciones que, verdadera maravilla, han solicitado no tener vacaciones. ¿En qué otra escuela o taller, no diré en Chile sino en todo el mundo, se ha visto un caso semejante?

Mucho debe, pues, el pueblo esperar de estas escuelas-talleres, donde se está proporcionando al obrero y a la clase desvalida de la población los conocimientos necesarios para tener un oficio honroso, vale decir, las armas más eficientes para afrontar con éxito la lucha por la existencia.

Y esta es la gran obra de don Agustín Edwards: El dinero por sí solo, abandonado así mismo en las arcas de caudales, no vale más que el que se encuentra oculto en las entrañas de la tierra: es simple materia inerte. Es como el agua estancada de las charcas y pantanos, que, antes que beneficios, causa daños con sus emanaciones pútridas, y que necesita que el genio creador del hombre la encauce, para que, convertida en caída, se transforme en potente energía. Es como el bloque de tosco granito que espera la mano del artista que, con su cincel, esculpiéndolo, le comuníque su alma y le infunda vida.

El señor Edwards ha sido el genio y el artista creador, ha sido el espíritu que ha forjado y dado vida a las Escuelas Santa María, plasmando así el ideal de este egregio filántropo.

No le ha consagrado a esta obra sólo el tiempo y los cuidados y afanes materiales indispensables para darle nacimiento y forma, sino que ha concentrado en ella todo el entusiasmo y el afecto que caben en un alma que se inspira en nobles sentimientos.

El ha intervenido en todos los aspectos, en todas las fases de la generación y desenvolvimiento de estos talleres: los planos, los materiales, las maquinarias e instrumentos, el personal y los métodos de enseñanza y hasta la traducción de los textos de estudio han merecido su incansable atención y supervigilancia, si no han sido su obra directa.

Al contemplar de cerca estos hermosos edificios, al examinar la labor que demanda y ha demandado la preparación y desarrollo de esta benéfica concepción, al palpar los frutos ya obtenidos, no puede uno menos que pensar que si Santa María no hubiese dispuesto como ejecutor de sus humanitarios proyectos de una personalidad del temple y la preparación excepcional del señor Edwards, talvez habrían pasado muchos años antes que el pueblo pudiese disfrutar de sus beneficios.

Las expuestas cualidades del señor Edwards imponen, por su sola virtud, conclusiones ineludibles:

Su sencillez y falta de afectación demuestran su inteligencia, que comprende la insignificancia del hombre más bien dotado, frente al Universo; su amor al trabajo, denota que es digno; su afecto por el débil, que sabe de la piedad.

Y una persona que reúne tan relevantes dotes de carácter, merece un homenaje como el que aquí se le rinde.

He estimado un deber el exponer en esta ocasión la impresión favorable que me he formado de las actuaciones que he conocido del señor Edwards, pues más conforme con el espíritu de una verdadera democracia antes que silenciar los méritos y virtudes descolantes de los de arriba, aplaudirlos y realizarlos donde quiera que se manifiestan.

Termino formulando votos por la ventura personal del señor Edwards, y porque pueda llevar a pronto término las proyectadas construcciones que completarán esta inmensa creación que se llama "Escuelas de la Fundación Santa María", que tanto beneficio reportará a los elementos más necesitados del país, dando así total cima al ideal de ese gran filántropo: Don Federico Santa María, cuyo nombre está esculpido en letras de oro en el corazón del pueblo chileno.

DON JUAN ITURRIETA GENSLER

Presidente de la Sociedad Unión del Personal de
Remolcadores y Donkeros

Señores de mi mayor respeto, distinguido don Agustín:

Me cabe el alto honor de dirigiros la palabra en nombre de la Sociedad Unión del Personal de Remolcadores, Donkeros y Empleados de Bahía. Debo agregar a este honroso encargo los que han tenido a bien conferirme don Juan Ortega Hurtado, en representación de la de la prestigiosa Sociedad de Artesanos de Valparaíso, Escuelas Federico Varela y Federico Santa María; don Marco Antonio Pérez, por los Conjuntos Artísticos de Aconcagua y don Jorge Rebeco Aracena, por especial voluntad de varias instituciones porteñas.

Las instituciones que represento adhieren a esta grandiosa manifestación en la que están representadas todas las clases sociales y todas las actividades del país. No podía ser de otra manera porque llegamos a este sitio movidos por una justiciera gratitud que no es otra cosa que el público reconocimiento de los servicios prestados al país por el ciudadano eminente que en este momento recibe nuestro homenaje.

Nosotros estimamos que la amplia y generosa labor desarrollada dentro y fuera de nuestras fronteras por don Agustín Edwards se ha inspirado siempre en el bien de la patria y que, por eso, tiene derecho a mirar desde la altura de la dignidad de su conciencia la campaña torpe y malévola que, vanamente, ha tratado de enlodar su reputación ante un pueblo que conoce y admira su abnegación y su desprendimiento al servicio de la causa nacional.

Recordamos con admiración y cariño la gran labor diplomática que en tiempo de la gran guerra correspondió a nuestro festejado y a su

digno y talentoso colaborador don Carlos Silva Vildósola. No olvidamos la honrosa designación de que el señor Edwards fué objeto cuando se le nombró Presidente de la Liga de las Naciones. Todos nos sentimos honrados con ese nombramiento porque vimos en él un motivo de justo y legítimo orgullo para Chile entero.

Esta brillante página que exalte a un ciudadano y al país que lo vió nacer ha querido ser olvidada en un momento de ofuscación y de inconciencia. Nuestro festejado ha recibido los calificativos más duros e injustos porque no se ha comprendido su inmenso amor al pueblo que lo ha llevado al seno de nuestras sociedades a participar activamente en sus preocupaciones con la misma espontaneidad, el mismo entusiasmo con que, en cumplimiento de misiones diplomáticas, ha frecuentado las cortes europeas. Así como en estos sitios ha estrechado manos de nobles y de aristócratas en nuestros locales sociales ha sentido palpar entre las suyas la mano ruda y franca con que ganamos los obreros el pan para nuestros hijos.

Por eso hemos concurrido con nuestro estandarte a esta fiesta que congrega a todas las actividades del país en un homenaje unánime de justiciera reparación. Nuestro lema es "Orden y Respeto" y por eso nos sentimos honrados de participar en una manifestación tan grandiosa en la que vemos la encarnación digna y serena de la voluntad nacional.

Cumplo tan hermosa tarea y recuerdo que mis palabras expresan el sentido de todos esos esforzados trabajadores del mar que cruzan el mundo entero iluminados por la estrella solitaria de nuestro glorioso pabellón. Hablo con la más honda emoción de mi espíritu, lleno de gratitud por los actos que ha realizado don Agustín y alentado por la esperanza de que han de acompañarlo en el porvenir la felicidad y la ventura.

Quisiera, señor, que mis palabras fueran flores que en lluvia maravillosa cayeran sobre vuestro hogar y engalanaran a vuestra digna esposa, hijos y nietos que habrán de ser los continuadores de la obra bienhechora que realizáis por el progreso y el engrandecimiento de vuestra patria.

EL Sr. ROGERIO ROZAS ORTEGA

A nombre de la "Unión de los Tipógrafos"

"Señores: Noto que la tarde se presenta fatigosa. Habéis oído hermosos discursos. Deseo que con el representante de la Unión de los Tipógrafos, la corporación más antigua de Chile y de Sud-América, seáis indulgente y le ofrezcáis un poco de atención, pues, cumpliendo un acuerdo del Directorio, deseo hacer público algunos rasgos de nuestro festejado, don Agustín Edwards, Presidente honorario de la Unión de los Tipógrafos, distinción que se ha venido ganando desde hace muchos años, por sus constantes desprendimientos en favor de ella.

La benemérita Unión de los Tipógrafos, tiene por el señor Edwards una gratitud inmensa, que años irán acrecentándola. Pero, fuera de esos gestos que los socios de la Unión de los Tipógrafos sabremos siempre agradecer y jamás olvidar, hay otros que nadie los ha dado a conocer y que presentan al ilustre ciudadano como un verdadero exponente del progreso del Periodismo Nacional.

Siendo muy joven fundaba en Santiago "El Mercurio"; años después "Las Últimas Noticias". A la par del resurgimiento de estos dos diarios, el señor Edwards establecía para su personal diversas ventajas, que años más tarde se fundamentaban en leyes de previsión.

Estableció el fondo de retiro para los personales de la Empresa "El Mercurio"; conector a fondo de la intensa labor que desarrollaban los obreros del diarismo, ordenó que por cuenta de la administración se les diera algo que refortaleciera el organismo; hizo construir una población para aquellos elementos de la Empresa que fueran dignos de proporcionárseles una casa. Como periodista moderno, trabajaba

al unísono con todo el personal, tratando en todo instante de mejorar sus servicios.

Mediante ese empuje, propio de su juventud, pudo ofrecer a la consideración pública, los mejores diarios de la época, progreso que se vieron obligados a seguir las demás empresas, con lo cual el público salió ganando, pues, llegaban hasta él diarios bien confeccionados y sus informaciones podían rivalizar con los mejores diarios de otros países.

Se puede decir, señores, que don Agustín Edwards hizo la revolución dentro del Periodismo Nacional, y en materia de leyes sociales, se adelantó un cuarto de siglo.

Años más tarde fundaba este ilustre hombre público la Empresa "Zig-Zag" donde de nuevo dió impulso a sus anhelos de progreso del Periodismo. Y hay un hecho simpático que demuestra el interés con que emprendía estas empresas. Cuando se organizaban los talleres de la Empresa "Zig-Zag", el señor Edwards, trabajaba en la armadura de las maquinarias como cualquier obrero. Llegaba por la mañana y salía junto con los obreros a almorzar, para regresar a la hora convenida; por las tardes, hacía igual cosa. A pesar de su preponderancia de industrial no tenía recato en empuñar en sus manos el guaipe y limpiaba las diversas piezas de las maquinarias, que más tarde debían vomitar esa revista que luego se hizo popular en todas las esferas sociales.

De esta manera, señores, el señor Edwards quería demostrar que el trabajo enaltece, eleva el espíritu, invita a la meditación y hace que los hombres que dedican su fortuna al progreso del país, se deben hacer dignos del respeto y la admiración de sus conciudadanos.

Don Agustín Edwards, es pues, el principal propulsor del Periodismo chileno. Por las mesas de redacción de sus diarios y revistas han pasado muchos talentos, que él supo alentar y cuyos nombres, más tarde, lograron traspasar las montañas, los mares y los pueblos, teniendo de consiguiente figuración mundial. Citarlos, sería olvidar a más de alguno y esto significaría cometer una injusticia.

Es, pues, gratisísimo para el representante de la Unión de los Tipógrafos, hacer el bosquejo de estos pasajes de la vida periodística del señor Edwards, muchos de los cuales vosotros no conocéis.

Lo avanzado de la hora me impide dar lectura a un artículo publicado por un ciudadano peruano, que en su juventud aprendió en Chile, en Valparaíso, la Tipografía, y con el propio señor Edwards sacaran el primer número de la revista "Zig-Zag". Ese ciudadano

peruano se llama Lisandro Alvarado Bolo, y con una satisfacción propia de su sinceridad, al firmarse, agrega "Ex-compaginador de "Zig-Zag".

En todo caso, ruego, al jefe de informaciones de "El Mercurio" quiera darlo a conocer. Es un documento que tiene especial importancia, por la oportunidad con que me ha llegado, y que ha sido escrito a raíz de haber estado algunos días en la capital del Perú el señor Edwards.

Señores, no dudo que esta manifestación será inolvidable para el señor Edwards. Elementos de todas las clases sociales le han rodeado, le han ofrecido su adhesión, sus simpatías, todo en forma espontánea, sin genuflexiones, con altivez propia de los que dan al César lo que es del César. El festejado de esta tarde, merece, pues, la gratitud pública: ha representado a Chile con brillo en cuanta misión se le ha encomendado. El nombre de nuestra República el señor Edwards lo ha colocado muy en alto, digno es, entonces, que alguna vez, se le reconozcan sus servicios públicos. Ojalá que esta tarde, sea el principio de esa nueva era de justicia, de reconocimiento.

Para terminar, deseo, señores, que me acompañéis y rindamos un aplauso a la persona del señor Edwards, y que el eco de ese aplauso salga de esta sala y se pose plácidamente sobre los hombros de la esposa del ilustre ciudadano, como el sincero homenaje que se le ha rendido a su esposo, como un acto de justicia que hombres de las diversas categorías sociales le ofrecen en este día inolvidable.

Señores, satisfagan mi anhelo y habremos hecho una confirmación sincera de la alta estimación que podemos ofrecerle al esclarecido periodista y benefactor de la Unión de los Tipógrafos, señor Agustín Edwards.

DON AGUSTIN EDWARDS Y LA SIGNIFICACION DE SU VISITA

La visita del señor Agustín Edwards M., a la capital de nuestra república, es de conjeturarla como uno de los acontecimientos más trascendentales en la vida internacional de los países del Perú y Chile.

Conocida es, no sólo por los dos continentes americanos, sino también en el viejo mundo, la gran influencia en todos los con-

tornos de las actividades de la República de Chile, del gran ciudadano chileno.

El colosal prestigio del que es el yunque del periodismo en la vecina República hermana, no sólo descansa en el medio de la gran banca, la diplomacia, la alta política y los grandes círculos sociales de aquel progresista país.

Pues, los cimientos de la lumbrera de don Cucho Edwards M., (como familiarmente le tratan sus compatriotas) se sostiene desde las clases y círculos sociales de abajo. La figura de don Cucho, se destaca y es querida por todo lo que significa como elemento de trabajo en Chile, porque este ilustre ciudadano chileno, rara es la vez que sus capitales no están al lado de todo lo que significa empresa de trabajo, en cuyo campo, el empleado y el obrero encuentran el salario para el sostenimiento de sus familias.

Son notorios en Chile los nobles actos de don Cucho Edwards, si no que lo digan los eminentes e inteligentes periodistas de gran fuste, que han llegado hasta la carrera diplomática, salidos de la clase media, y han sido levantados por la generosa mano de don Agustín Edwards.

Entre las instituciones obreras de Chile, la personalidad del señor Edwards, es muy estimada, puedo mencionar a la Sociedad "Unión de Tipógrafos", de Santiago, entidad que ha recibido múltiples beneficios de él, y lo cuentan como su socio honorario protector.

El señor Edwards en Chile, ha sido el introductor del mejoramiento económico de las clases trabajadoras.

Por el año 1905, al aparecer la revista "Zig-Zag", en Santiago, de propiedad de don Agustín, fué esta naciente empresa, que trató de inmediato de mejorar los sueldos de los escritores, literatos y elementos de trabajo de imprenta, dando lugar con esta actitud a una evolución favorable para la gente de trabajo en imprentas, porque también en otras imprentas los sueldos y tarifas fueron mejorados, siguiendo tan laudable ejemplo.

Y no sólo estribó en el mejoramiento económico, también se mejoró o se estableció por primera vez en Chile, el descanso anual para todo empleado u operario, titulado "veraneo de 15 días", en todos los establecimiento periodísticos de don Agustín Edwards,

abonándose anticipadamente los respectivos días de descanso a más de las gratificaciones que fueron también establecidas.

En todas las imprentas de propiedad de don Agustín Edwards, se establecieron restaurantes para atender a tiempo la reposición de las fuerzas perdidas en el trabajo, de los escritores, empleados y operarios. Se surtió de calefacción para el invierno, de baños, ventiladores eléctricos y demás comodidades para la estación de verano.

Además en cada imprenta se establecieron botiquines para atender de inmediato a los accidentados; todo empleado u operario que se enfermara fué desde luego atendido con la asistencia médica hasta su completo restablecimiento, dándole, además, los sueldos respectivos. El que escribe, fué uno de esos beneficiados.

Por todos estos procedimientos, que no se prestan a comentario, tiene que ser en Chile, el señor Agustín Edwards M., el ciudadano predilecto y querido en todas las esferas sociales, económicas, políticas y diplomáticas de Chile, siendo desde luego un poderoso exponente.

De consiguiente, la visita de don Cucho Edwards a nuestra capital, tiene una importancia y una resonancia incalculables en Chile y el Perú.

Es de desear que su estada de algunos días en nuestra capital, sea de mayor provecho para el acercamiento definitivo de nuestros dos pueblos.

Perú y Chile, deben consolidarse en el campo del trabajo, para provecho de sus hijos y bien del continente; y creo que la visita de tan distinguida personalidad chilena, tendrá que dar por resultado aunar los lazos de la amistad de nuestros dos pueblos.

Deseo al noble visitante, feliz estada en la histórica capital de los virreyes.

Lima, 2 de diciembre de 1932. — **Lizandro Alvarado Bolo**, es compaginador de la revista "Zig-Zag".

DON ADOLFO URZUA ROZAS

A nombre de los Veteranos del 79

No se me oculta la magnitud del momento en que voy a hacer uso de la palabra ante esta numerosa concurrencia, en la cual, el poderoso e incontenible impulso del afecto y de la admiración sinceros, han reunido lo más selecto de las fuerzas vivas que constituyen el corazón y los músculos de la Patria. Y siento que mi sangre alienta con más bríos y más valor, porque pienso que, aunque modesto, soy un veterano del 79, que tuvo la fortuna de ofrendar su sangre en defensa de la madre de las madres; y pienso que, ese siempre palpitante brazo, que labora incansable por la grandeza del país, los hombres del trabajo, dos veces me han honrado, poniéndome a la cabeza de sus instituciones culturales. Pues bien, quien estas honras ha tenido, ¡cómo no ha de sentirse alentado a agregar una nota de franco entusiasmo al concierto con que ahora cantan a un hombre los corazones bien nacidos...!, y si ya es un axioma que la grandeza de los hombres se mide por el número de sus enemigos, ¡cómo queréis, señores, que don Agustín Edwards, que, con la ayuda de su talento y del esfuerzo constante del trabajo, se levantara sobre el vulgo de sus conciudadanos, derramando, primero, sobre todos, la difusora luz del periodismo, que es cerebro de la nación; que luego, llamándole RICO, como apodo creado por los ineptos, probó cuanto más que esa riqueza valía su talento, poniendo aquella al servicio del trabajo, y después la luz de alborada de su cerebro, al servicio de la nación ante la corte de Inglaterra. Y aquel país de nobles esclarecidos y de diplomáticos eximios amó a nuestro país y lo respetó ampliamente juzgándolo a través de la

preclara inteligencia y de la destacada personalidad de don Agustín Edwards.

Los hombres eminentes de los países, son verdaderos Cristos humanos: despiertan en derredor la admiración, el amor y el entusiasmo; pero los que se arrastran porque les faltan las alas del bien, solapadamente, celosos, rugientes y amargados, los acechan y les hieren con las armas innobles de la calumnia y de la injuria; y, como el Cristo divino, los maltratados deben tener siempre en los labios la dulce palabra PERDON, si no han de usar el látigo con que se arrojan del templo de los hombres de bien a los mercados de las falsas virtudes y de la petulancia con que está infestada nuestra sociedad moderna.

Yo no canto aquí la gloria de un hombre, señores: yo canto los bienes con que regala a la Patria un ciudadano que es valor efectivo. Ese RICO, como lo motejan los ineptos y los envidiosos, es ese que véis allí en medio de toda clase de sociedades, impulsando sus trabajos y sus actividades, haciendo convergir todas sus fuerzas y sus actividades para que produzcan frutos de bien, y ayuden al impulso general de la grandeza de la Patria; es eso, que sin ostentación, levanta y consuela al caído, y da sus parabienes a los triunfadores del trabajo.

¡Y qué hermoso es poder decir estas verdades sin el brillo despreciable del adulo! Y mirad, mirad aquí mismo la prueba: ved este mundo pequeño de la patria chilena, en que están representadas todas las clases sociales, sin distinción de credos políticos, desde el que maneja la herramienta del trabajo, hasta el que va grabando con la pluma las glorias del saber y los sublimes cantos de sus literatos y poetas. Preguntad a cada uno de esos corazones qué les trae aquí, por qué ríe gozoso, por qué aplaude entusiasmado...!, y en todos encontraréis gratitud y amor sinceros, ese amor espontáneo que nace sin celos y que es grande porque es exquisito como el perfume de las flores, y hallaréis esa gratitud que florece hasta sobre la piedra escueta del egoísmo.

¡Apure Ud. feliz este ambiente, mi querido don Agustín: es el de la gratitud de Chile mismo, condensado en este puñado de seres en quienes habéis sembrado, acaso inconcientemente, ese grano que es cuna de todas las virtudes, y la vida de la humanidad toda, y que es el único que salva porque es hijo de Dios: amor, amor!



El señor Edwards en el momento de ser felicitado por el ex-Ministro de Relaciones Exteriores don Carlos Balmaçeda S.

DON HECTOR HOLLEY

A nombre de los amigos del señor Edwards en Tarapacá

“Un grupo de amigos de Tarapacá me ha pedido haga sentir en esta magna asamblea, la voz de esa provincia. Nunca como hoy señores siento mayor honor y orgullo en cumplir un cometido. A la simpatía de la persona en homenaje de quien va especialmente dirigida, se une la alta importancia y trascendencia de esta reunión, y Tarapacá, que es por excelencia la región del trabajo y de independiente sentir; cuyos hombres se amasan en tan dignas escuelas, no podía ni debía estar ausente de ella. Porque esta asamblea de altísimo renombre, señores, no sólo rinde homenaje a la labor de un hombre esclarecido que es exponente público y privado de virtudes ciudadanas para quien Tarapacá tiene especiales afectos — porque ella no sólo significa dar pública satisfacción por los ultrajes también públicos que el señor Edwards inmerecidamente recibió — sino que también porque esta reunión, constituida por los elementos más representativos de Chile, significa y tiene toda la importancia de la más alta asamblea y tribunal que se congrega espontánea y virilmente para protestar y condenar: la calumnia, la impostura, los regímenes de fuerza, los medios y procedimientos, como para restablecer pública y solemnemente los que en horas de obscuridad y extravío fueron violentamente arrancados de sus legítimos sitios, y finalmente es para mostrar y establecer el viril renacimiento del espíritu cívico chileno, que en horas de angustia creíamos había desaparecido, motivos ante los cuales la región del norte, no puede ni podía permanecer impasible.

Hay señores un género de dolores para el caballero, como para el ciudadano, el político, el patriota, en el que parecen luchar cuerpo a cuerpo: — la malicia y la perfidia del hombre, con la virtud cí-

vica y la modestia — dolores que obscurecen la luz y abruman el cerebro, crimen que para cometerse exige perversidad en el corazón humano, crimen monstruoso que sacude profundamente a la sociedad.

Ese dolor y ese crimen es el atentado contra la honra y la infamia del nombre, delito tejido en la obscuridad por la impostura, por la calumnia y el engaño, nombres que al sólo pronunciarlos ponen, espanto en el alma, hielan la sangre, e involuntariamente abren los labios para impecar contra tanta miseria.

Y cuando este crimen se intenta contra un eminente servidor público — como lo es el señor Edwards, el delito traspasa entonces los umbrales de lo atroz — porque el lodo lanzado ciega y virulentamente con el que se trata de salpicar al hombre, obscurece también a la Nación, cuyo pedestal, como los homenajes y aprecio que se le tributan, no descansan sino en los del mérito y en los del nombre de sus hijos eminentes.

La reconocida capacidad, los altos servicios prestados a la Patria, la firmeza del carácter y la conducta intachable, siempre suscitaban, por una de esas aberraciones y faltas de lógica comunes en la sociedad, censuras, emulaciones y adversidades a todo hombre eminente. ¿Qué hombre ilustre no las tuvo? Es propio de las almas pequeñas que la fortuna ajena, las mortifique, que los triunfos más merecidos las exasperen y que toda sombra se les haga odiosa e insoportable, porque la luz para alumbrar no admite esperas, en apreciando se impone y así los hombres superiores se imponen a las multitudes, a los gobiernos, sin que las almas pequeñas logren con sus intentos, detener su vuelo ascensional.

Pero si es cierto que en todo tiempo se han levantado hombres contra hombres, jamás había delirado la razón humana hasta pretender amontonar ruinas con lo que es más sagrado para el hombre y los países, como es la honra y el nombre, sin otro anhelo que destruir toda diferencia que la autoridad del saber, la de la preparación, la de las virtudes y altos servicios, la sociedad con toda justicia ha establecido.

¿A quién molestaba el señor Edwards, cuando como diplomático ilustre y personero de Chile, escribía con letras de oro el nombre del país en altísimos anales internacionales?

¿De cuándo acá es merecida sentencia de muerte la honra, el nombre y los relevantes servicios del señor Edwards, cuando como patriota sincero ponía con denuedo, inteligencia y desinterés toda

su actividad, su saber y su experiencia en bien de la Patria o cuando como político sagaz, de escuela inglesa, triunfaba por la fuerza del convencimiento y la honestidad de sus procederes?

¿Qué ofensa hacía el señor Edwards al país, — cuando como industrial y hombre de negocios impulsaba las actividades nacionales, y adelantándose a los demás, ponía en práctica avances sociales que, sin embargo de estar proclamados en libros, conferencias, y congresos, sólo llegan a la realidad en escasísimo número?

¿Qué agresión comete el señor Edwards, — cuando como brillante publicista aporta a las letras nacionales y al país una contribución de inmenso mérito y valor, con la que desparpama entre el extranjero y sus conciudadanos un concepto y una visión clara, — verdadera, — y amena de Chile, despertando profundas simpatías y poderoso interés por su vida y marcha?

¿Qué derecho vulneraba el señor Edwards al preocuparse, — afanarse y colaborar en la obra nacional de redención social, — cuando desde la Fundación Santa María forma — más que un establecimiento materialmente superior a los de su género en América, — una altísima escuela cívica, — medio y herramienta eficaz para restaurar y restablecer a Chile en sus quicios legítimos: — de moralidad pública y privada, — bien entendido amor patrio, — de austero y claro cumplimiento del deber?

Y a este esclamado patriota y ciudadano es a quien las más importantes naciones han colgado de su pecho nobles preseas, como homenaje de respeto y consideración a sus relevantes virtudes, — le correspondía recibir como recompensa el atentado contra su hora y nombre — atentado imposible, — atentado que la Nación rechaza, — atentado que es un perjurio frente a los claros timbres del señor Edwards, como frente a la montaña de documentos y atestados que el parlamento, las Cancillerías y hasta los Tribunales de Justicia tienen y exhiben en alto, — enormes ejecutorias de una vida clara y útil, — por la que sienten los chilenos inmenso aprecio, — y cuya prueba evidente es esta importante reunión.

Para verdades el tiempo... Y a medida que éste avanza, van descubriéndose lentamente los mantos y tulles que ocultaban los objetos, — que impidieron la mirada, — y que llegara la luz, — como lo que van cobrando su legítimo relieve, — la verdad que se levanta, — como la torpe impostura oculta en dos pliegues que deliberadamente echaron para ensombrecer la virtud ciudadana.

Y es así como resulta tangible y cierta la calumnia y la impostura de que fué injusta víctima el señor Edwards, como tantos otros meritorios ciudadanos; — es así también como ha resultado ciertísima, a la vez que pavorosa, la estupenda impostura del ponderado auge, — del bienestar y riquezas extraordinarias que se asignó al país, — condición excepcional que traducida a la realidad, — es una montaña de deudas que han llevado a la Nación a faltar por primera vez a su palabra y compromisos.

Es así como van apareciendo los oscuros pormenores, — los graves antecedentes, — según los cuales, — todo orden fué subvertido, — más aun, — desfigurado, caricaturado, — hasta patentizar la condición cierta de que hemos vivido no sólo épocas de fuerza, sino que también de una adulteración total y colectiva, que además de causar la catástrofe material en la que se debate el país, — ha producido en los espíritus el mayor mal, — esa enfermedad latente de la cual la Nación entera se queja y que se traduce: -- en falta de espíritu público, — de hombría cívica, — y de orientación patriótica.

Frente a este cuadro de tétrica realidad, — esta viril manifestación tiene entonces todos los caracteres de una justa y elevada reivindicación de alta trascendencia e importancia, que prueba y establece también — el renacimiento de un pueblo, — el renacimiento del espíritu público nacional que parecía embotado; — y al levantar mi copa, felicito al señor Edwards por este renacer memorable que se confunde con el homenaje y desagravio que públicamente se le tributa y que son los clarines del despertar del pueblo de Chile”.

DON ALBERTO MACKENNA SUBERCASEAUX

A nombre de la Comisión Organizadora

Señores:

Antes de que se apague el eco de esta imponente manifestación, que es como un grito de protesta de la gente honrada y patriota, por una campaña infame, permitidme que evoque el recuerdo de un episodio de juventud que ya principia a perderse en las lejanías del tiempo. Hace ya muchos años, pasábamos días de verano en San Isidro y ahí, bajo la sombra del gomero gigante que la tradición dice que fué plantado por Darwin, oí muchas veces la palabra honrada y patriótica de don Agustín Edwards, padre, y pude apreciar la rectitud de su carácter y la bondad de su alma.

Ahí también escuché la dulce voz de una santa mujer que desparramó a puñados los millones para aliviar la suerte de los pobres: doña Juana Ross de Edwards.

En ese puro ambiente de patriotismo, de rectitud y de bondad, se deslizó la juventud de Agustín Edwards: esa fué la escuela de su formación moral que debía servirle de norma en su vida. Esa fué la brújula que iba a guiar sus pasos.

Pasaron los años y ví al amigo de juventud tomar vuelo en su carrera pública, impulsado por una ráfaga de ardiente patriotismo.

Lo ví escalar cumbres, llevando en su mano la bandera de Chile para colocarla a la altura de las naciones más avanzadas del orbe.

Lo ví triunfar muchas veces y lo aplaudí sin reticencias, porque sabía que sus éxitos en la diplomacia eran triunfos para la patria. Su carrera seguía una línea recta y brillante: nada parecía obscurecerla.

Pero, al correr del tiempo, llegaron los días de oprobio para Chile, en los cuales un puñado de audaces advenedizos pretendió borrar de una plumada la bella historia del pasado, las tradiciones gloriosas de nuestros abuelos ilustres, y en esos días el nombre de Agustín Edwards se vió envuelto en negros nubarrones.

Recuerdo, como si fuera hoy, una de esas sombrías mañanas de la dictadura: al abrir los diarios leí, en grandes caracteres, una nota infamante en su contra. Impresionado fuí a ver al Director de "El Mercurio" y lo encontré anonadado. "no se prede replicar nada, nada", hay que callar, me dijo, y en ese momento comprendí, mejor que en otro alguno, toda la cobardía y toda la bajeza del régimen en que vivíamos.

Se podía lanzar a las fieras de la maledicencia la reputación de un hombre con la misma fría crueldad con que los Emperadores romanos lanzaban al circo a los primeros cristianos; pero no podía permitirse que ese hombre levantase su voz para decir: ¡Eso es falso! ¡Es una calumnia! ¡Dejadme hablar!

La inquisición inventó horribles instrumentos de tortura para flagelar el cuerpo: los he visto todos ellos en un museo de La Haya; son espantables; dan escalofríos.

Pero no creo que la inquisición haya inventado un tormento peor que el de calumniar a un hombre de honor y ponerle en seguida una mordaza para que ese hombre no pueda defender su honor!

Este es el tormento que ha sufrido Agustín Edwards durante cuatro años; este es el cáliz de amargura que ha bebido en largas noches de fiebre y de insomnio.

Para endulzar tanta hiel nos hemos reunido hombres de todas las ideas, de todas las actividades, de todas las

clases sociales, a fin de decirle que la patria no le ha sido infiel, que la patria no lo ha olvidado y le reconoce el amor y la abnegación que le ha consagrado en su vida.

Y, al expresarle a él nuestro homenaje de simpatía, no podemos olvidar a ella, a la noble compañera de su vida, que ha bebido junto con él la misma copa de amargura y ha sido su aliento y su fe en los días de prueba.

Para la esposa de Agustín Edwards todas las flores que adornan esta mesa.... Y para esos viejos troncos que han caído, para los que le dieron su ejemplo y le señalaron la línea recta de su vida, para esos con quienes pasábamos días de verano, bajo la sombra del gomero gigante de San Isidro, para esos que se han ido, pido un instante respetuoso de silencio!....

LA PRENSA

Los periódicos más prestigiosos del país, acogieron con júbilo la idea de una manifestación al señor don Agustín Edwards y le dedicaron hermosos artículos en sus páginas de redacción.

Demás, estará el decir, que “El Mercurio” de Santiago y Valparaíso, diarios de propiedad del señor Edwards, no podían acoger con el mismo entusiasmo la idea de la manifestación a su dueño y jefe, sino como una noticia de crónica. Al día siguiente del banquete hicieron ambos una reseña completa de él.

EN HONOR DE DON AGUSTIN EDWARDS

“El Diario Ilustrado” el día de la manifestación se expresaba así:

La brillante manifestación que diversos y representativos elementos de Santiago y Valparaíso, ofrecen hoy, a mediodía, al señor don Agustín Edwards, tiene especial significación en estos momentos.

El almuerzo en la cancha del Club Hípico, importa en realidad, un justiciero reconocimiento a los múltiples y eminentes servicios que el señor Edwards ha prestado a

Chile en la diplomacia, las letras, el periodismo, la política, la beneficencia pública.

Pertenece el antiguo Ministro de Chile en Londres, a una clase social y a una época sobre la cual han caído y caen todavía las más injustas condenaciones. Tal vez una de las características menos gratas de nuestro tiempo, sea este impulso destructor que anima a las nuevas generaciones respecto de las antiguas. Y en este afán de descrédito con que se pretende herir a respetables hombres públicos, no hay límites posibles. La prudencia patriótica y la justicia, no son por cierto, cualidades que ahora dominan e impongan sus frenos a las pasiones desorbitadas de ciertos espíritus. Hay un interés visible y casi morboso, de parte de mucha gente, por desprestigiar ante la opinión, a los personajes y a los hechos que aparecen ligados a la honrosa tradición de la República. Esta obra es perniciosa. En el mejor de los casos, el excepticismo cunde entre las masas y las mueve a ser injustas y arbitrarias en sus apreciaciones.

El pasado, próximo o lejano, merece respeto.

Por eso nos parece altamente educativo, rendir homenajes justicieros, como el presente, a los hombres públicos que, por muchos títulos se han distinguido en la historia de este país y están llamados a conservar en ella, el sitio preferente que se conquistaron ya con su esfuerzo o con su acción.

M. V.

EN HONOR DEL SEÑOR EDWARDS

“El Imparcial” de ese día traía, ya efectuada la manifestación, el artículo siguiente:

En las canchas del Club Hípico se ha realizado a mediodía de hoy, una gran manifestación en honor de don Agustín Edwards Mac Clure. Miembros del Gabinete, in-

numerables hombres políticos de diferentes ideologías, gente de la alta banca y del comercio y representantes de sociedades obreras, amigos personales y no pocos admiradores de su actuación pública, se han congregado allí, en amable y elocuente camaradería y en demostración de solidaridad ante los vejámenes inferidos al señor Edwards en una época anterior, y que han culminado con repetidos ataques de prensa en estos últimos meses de inestabilidad e inquietud.

La fiesta, en realidad, ha sido un acontecimiento.

Lo celebramos no tan sólo por la parte que toca al señor Edwards, cuya vida entera, consagrada al servicio de su país, no podría merecer sino elogios de parte de quienes la han seguido de cerca. También nos regocijamos, y lo decimos con franqueza, porque ella, significa la etapa más interesante de una condenación pública a todos aquellos espíritus maldicientes que han hecho de la insidia el arma para herir reputaciones intachables.

La persecución y el escándalo han sido la consigna representativa del período catastrófico y anárquico que encierra los últimos ocho años de la vida gubernativa de este país. Se ha perseguido y escandalizado a contar desde 1924 y en todo el recorrido de este largo camino, incluyendo la época del digno señor Montero, los procedimientos practicados adquirieron cada vez mayor refinamiento en un ambiente de descomposición general.

Y existe todavía algo más triste: el pensar que la responsabilidad inmediata de todo esto no afecta exclusivamente a los gobiernos. Cabe casi igual a los círculos formados por hombres de figuración, que en el ambiente social o en las reuniones de Club han hecho obra de zapa para destruir reputaciones, bien asociándose a la maldicencia y fomentándola, o ya, guardando pernicioso silencio, que ha ido en ayuda de los propios detractores. A lo anterior necesita sumarse la obra demoledora ejercitada en órganos de publicidad, que debieran saber respetarse más a sí mismos, respetando a los demás, pues el daño causado es tan enorme, que no hay posibilidades de restablecer la concordia anhelada en instantes en que la más ele-

mental cordura y elevación de espíritu así lo aconsejan.

El señor Edwards que, por sobre todo, es hombre de mundo y excelente psicólogo, tiene que haber sonreído filosóficamente al reconocer en el banquete con que se le ha honrado, a algunos de esos personajes que hablan demasiado en los Clubs y en los corrillos callejeros y que poseídos de altanería propia de conductores de la opinión pública, concurren a estas manifestaciones con la ligereza de corazón de quienes no han cometido ninguna falta.

El homenaje tributado hoy al señor Edwards por una porción considerable de ciudadanos distinguidos y muy caracterizados, es lección fuerte y significativa a la vez para todos aquellos que carecen de entereza moral y que no saben resistir las sugerencias del ambiente, ya que se abandonan fácilmente en campañas de maledicencia pública.

E. O.

UN "HOMBRE" Y UN "GENTLEMAN"

Decía "El Mercurio" dos días después de la manifestación y publicaba un artículo de don Ricardo Cox Méndez que, era el discurso que debía haber pronunciado este caballero en el banquete:

Un deber patriótico, un sentimiento de justicia y la voz de la amistad me dictan este artículo, cuyos conceptos principales estaban destinados a expresarse brevemente en la manifestación nacional, que en honor de don Agustín Edwards tuvo lugar el 17.

Me liga al señor Edwards una amistad que viene del siglo XIX, y que ha soportado victoriosamente algunas pruebas: la del tiempo, desde luego; la de la ausencia; y, en los últimos doce años, una seria discrepancia de opinión sobre una cuestión fundamental de orden político.

Durante este largo lapso, tan largo que es tal vez la

duración media en Chile de una vida humana, he estado en frecuente contacto con el hombre de sociedad, con el jefe de hogar, con el fundador de diarios y revistas, y renovador de la prensa en nuestro país; con el escritor y con el orador, de cuyos primeros y felices ensayos he sido testigo directo; con el Diputado, con el Ministro de Estado y con el Diplomático.

Y la estimación que desde el primer momento me inspiró el hombre, y la admiración que me inspiraron sus raras dotes de inteligencia y de voluntad, no han hecho más que acrecentarse cada día.

Creo que los dos lustros comprendidos entre 1900 y 1910, marcan el período más hermoso y activo, el período decisivo de la fecunda vida y de la brillante carrera pública de don Agustín Edwards. En 1900, a los 22 años de edad, funda en Santiago "El Mercurio"; y revoluciona la prensa chilena. Al año siguiente, si los recuerdos no me engañan, lo vemos ya de Ministro Plenipotenciario de Chile en Italia y en España. En 1903, entra a la Cámara de Diputados, y casi inmediatamente pasa a ocupar un asiento en la Mesa directiva. En Septiembre del mismo año es nombrado Ministro de Relaciones Exteriores, cuando en Junio había cumplido 25 años. Desde 1906 a 1910 es el líder parlamentario del Partido Nacional, a que pertenecía por convicciones personales y por tradiciones de familia. A principios de 1910, ocupa por segunda vez la Cartera de Relaciones Exteriores. Como Canciller, en el mes de Mayo, acompaña al Presidente Montt a las fiestas del Centenario Argentino en Buenos Aires, durante las cuales su actuación es una serie de triunfos sin precedente de su persona y de su elocuencia. Lo afirma un testigo. En los últimos meses del mismo año, en la gran convención de todos los partidos liberales para elegir sucesor al Presidente Montt, el señor Edwards obtiene una de las más altas mayorías como candidato a la Presidencia de la República. Tenía 32 años.

En los anales políticos de nuestro país, no creo que haya otro caso de una precocidad semejante ni de una ascensión tan rápida.

Voy a hacer un breve elogio del Diputado. He pertenecido a la Cámara durante cuatro períodos parlamentarios. Pues bien, sólo he conocido un verdadero líder, uno solo: el joven diputado nacional por Quillota, don Agustín Edwards.

El verdadero líder parlamentario, el que realmente merece este nombre, no es el que habla mucho, por bien que lo haga, ni el que se lo habla todo—y ¡qué bien hablaba Edwards!—sino el que gobierna con eficacia el grupo parlamentario que dirige, haciéndole obedecer en toda ocasión, por todos y por cada uno de los miembros que lo forman. Este espectáculo no lo he visto sino de 1906 a 1909, y frente a frente a mi banco: lo ofrecía don Agustín Edwards con los diez diputados del Partido Nacional en un puño, todos mayores que él.

La eficiencia; he ahí la cualidad capital de don Agustín Edwards, y el sello característico de todas sus actividades. Periodista eficiente, escritor eficiente, diputado eficiente, Ministro de Estado eficiente, diplomático eficiente, hombre de letras y hombre de acción; autor de libros y creador de vastas empresas; donde ha puesto su mano, ha surgido una obra duradera, por donde ha pasado su planta, ha dejado una huella indeleble; si no me equivoco, esto es lo que en todo tiempo y lugar se ha entendido por un “hombre”.

El amigo de 34 años, el parlamentario con quien he convivido cinco años de camaradería política, el diplomático con quien he estado en contacto durante meses en Londres y en Estocolmo, se me presentó siempre como un verdadero “gentleman”, como un perfecto “gentleman”.

¿Que es un gentleman? Esta palabra inglesa tiene un significado menos social y más personal, completo y profundo que la palabra caballero, por la cual se traduce a nuestro idioma.

Un concepto del deber y un sentimiento del honor elevados a la categoría de una religión, y capaces por eso mismo de imprimir a la conducta y a todas las actividades de la vida el sello de una corrección impecable, he ahí el rasgo característico y supremo del gentleman.

No es preciso que el gentleman haya **nacido**; él puede pertenecer a todas las clases sociales, y de hecho se le encuentra en todas ellas; porque, aunque de ordinario es un producto espontáneo y seleccionado de una raza, también es, y cada día más, el simple y precioso fruto de una educación.

Pobre o rico, perteneciente a la aristocracia o a la clase media, o simple hijo del pueblo, el gentleman no es ni puede ser un hombre cargado de vicios; porque el vicio, en cualquiera de sus formas, es incompatible con el honor de un gentleman.

¡Que seguros están nuestros secretos, nuestros intereses y el honor de la mujer, cuando han sido confiados a un verdadero gentleman!

Aunque viva en la opulencia y rodeado de todos los esplendores que proporciona la fortuna, el gentleman posee y practica la virtud de la modestia, de la virtud opuesta al vicio del orgullo, la modestia del espíritu, que consiste en no confiar demasiado en la propia opinión, y en seguir, como norma de conducta, los consejos de la sabiduría y de la experiencia ajenas.

El gentleman es un hombre cortés y amable; y no es amable por momentos cuando está de humor y con ciertas y determinadas personas, sino amable siempre y con todo el mundo, grandes y chicos; porque esta prenda, en apariencia exterior, de la amabilidad y cortesía, procede en el gentleman de ese fondo interior de respeto y amor al prójimo y de solidaridad humana, que es la esencia misma de la civilización occidental o cristiana a la cual él pertenece, y de la cual, después del santo, es el más genuino y noble producto.

El gentleman, que es el ornamento de una sociedad civilizada y la garantía de un país en los dichosos tiempos de paz, es siempre y por definición, un valiente en la guerra; y cuando llega el momento, sabe morir por su patria más hermosamente que nadie, porque muere callada, obscura y correctamente; y, como el soldado desconocido, sin la menor ambición ni esperanza de inmortalizar su nombre ni de perpetuar su memoria; no aspira a la gloria, ni

siquiera a la gratitud: le basta su sacrificio ¡Cuántos millares de gentleman sucumbieron de este modo en los campos de batalla de la Europa, de 1914 a 1918!

Un médico inglés, establecido en Chile a principios del siglo XIX, escribía, a mediados del siglo, las siguientes palabras a su hijo mayor que se educaba en Inglaterra:

“Esfuézate, ante todo y sobre todo, por llegar a ser un verdadero gentleman; porque un gentleman, producto genuino y casi exclusivo de la raza y de la educación inglesas es, hijo mío, una de las más bellas creaciones que hay bajo el sol”.

Ricardo Cox Méndez.

ADHERENTES Y ASISTENTES AL BANQUETE

Más de 650 personas se adhirieron a la manifestación que diversos grupos sociales de Valparaíso y Santiago ofrecieron al señor don Agustín Edwards y la casi totalidad de ellos, más o menos, 500 adherentes, asistieron al banquete.

Este fué servido en el gran Hall de las Apuestas Mutuas del Club Hípico de Santiago.

Los asistentes tomaron colocación en diversas mesas y al centro del Hall estaba la gran mesa de honor.

Junto al señor Edwards tomaron colocación el presidente de la comisión organizadora del acto, señor Carlos Besa; el Ministro de Hacienda, señor Julio Pérez Canto, el Ministro de Guerra, general Sáez y el Ministro de Marina, almirante Swett; el Intendente y el Alcalde de Santiago, señores Julio Bustamante y Guillermo Labarca Hubertson; Director General de la Armada, contraalmirante don Olegario Reyes del Río; los señores Luis Barros Borgoño, Alejandro Lira, Guillermo Pérez de Arce, Luis Izquierdo, Carlos Balmaceda, Alberto Mackenna, general Luis Altamirano, Luis Subercaseaux E., Contraalmirante Carlos Ward, señores Pedro N. Montenegro, Manuel Cruzat Vicuña, Carlos Silva Vildósola, general Enrique Bravo, Aureliano Oyarzún, Carlos R. Edwards, Francisco R. Undurraga, Sidey Vatekey, José Fabres Pinto, Tomás Thayer Ojeda, Ladislao Errázuriz, Armando Quezada, José Alfonso, Antonio Huneus, Juan Manuel Valle, Roberto Sánchez, Gabriel Palma Rogers, Alejo Lira, Guillermo Subercaseaux, Rafael

Elizalde, Guillermo Ramírez Sanz, Galvarino Gallardo, Romualdo Silva Cortés, Octavio Señoret, Joaquín Prieto Hurtado, Agustín R. Edwards, Luis Aníbal Barrios, Vicente Echeverría, Otto Meyerholz, general Indalicio Téllez, general Enrique Quiroga, Alvaro Covarrubias, Ricardo Searle, Clemente Díaz León, Alfredo Rossi, José Pinto, Juan Urzúa, Ramón Corvalán, Melgarejo, Eliseo Cisternas Peña, Juan Francisco Urrejola, Julio Puga Börne.

UN BOUQUET DE FLORES A LA SEÑORA ESPOSA DEL SEÑOR EDWARDS

Al centro de la mesa de honor se había colocado un bellissimo y artístico bouquet de Anthurium lacres con rosas y orquídeas, adornado con hojas anemba japonesa y vegonia rea que tenía una tarjeta con la inscripción siguiente:

“A la distinguida y respetada señora doña Olga Budge de Edwards la saludan con afecto y le desean felicidad los adherentes al banquete que se ofrece en estos momentos a su esposo, como homenaje a su vida pública”.

Al terminar el discurso del señor Mackenna Subercaseaux, se levantó el señor Edwards y dijo que quería cometer una indiscreción íntima y leyó una carta que le enviaba su señora esposa, agradeciendo el delicado y exquisito homenaje de los comensales al recordarla públicamente en los momentos que se reconocía las cualidades morales y labor pública de su marido.

LA ADHESION DEL GOBIERNO

La Comisión Organizadora invitó especialmente a todo el Gobierno.

Los Ministros del Interior y de Relaciones Exteriores, señores Javier Angel Figueroa y Jorge Matte Gormaz, respectivamente, se excusaron de asistir y manifestaron su adhesión en las cartas siguientes:

“Javier Angel Figueroa, Ministro del Interior, saluda atentamente al señor Alberto Mackenna y siente manifestarle que le será imposible asistir a la manifestación que, con tanta justicia, se ofrece a don Agustín Edwards M.

Las pesadas labores del Ministerio me privan de estar con Uds. en esta oportunidad, como hubieran sido mis deseos.—Santiago, diciembre de 1932”.

“Jorge Matte Gormaz, Ministro de Relaciones Exteriores, saluda atentamente a su amigo don Alberto Mackenna y siente manifestarle que a causa de los quehaceres del Gobierno, le es imposible concurrir al almuerzo que se ofrece al señor don Agustín Edwards.—Santiago, 17 de diciembre de 1932”.

El señor Pérez Canto, Ministro de Hacienda, y los almirantes Swett, Ministro de Marina, y general Sáez, Ministro de Guerra, se hallaban presentes.

Don Rafael Luis Barahona se excusó con la carta siguiente:

Valparaíso, diciembre 15 de 1932.

Señores organizadores de la Manifestación a don Agustín Edwards M. C. — Santiago.

Distinguidos señores:

En la imposibilidad de ir hoy a Santiago, les envío esta carta de adhesión al homenaje tan merecido que se tributa a don Agustín Edwards.

Deseo agregar a lo que allá se diga para hacerle justicia, un antecedente digno de especial consideración. El señor Edwards es un precursor de nuestra legislación social. Implantó, efectivamente, para empleados y obreros de la vasta Empresa de “El Mercurio”, antes del año 1904, un sistema de previsión muy parecido al que ahora rige para los empleados particulares.

De los primeros sueldos, los aumentos y parte de las gratificaciones de cada empleado u obrero, se tomaba una cuota que servía de base para formarle un fondo especial. La Empresa contribuía generosamente también con parte de las utilidades a la formación de dicho fondo y los dineros así reunidos ganaban todavía un buen interés. De este modo cada una de las personas que trabajaban en “El Mercurio”, iba teniendo una reserva que andando los años podía constituir un capital.

Fué más lejos todavía el señor Edwards e hizo la obra hermosísima de elevar a la categoría de socios a sus más antiguos y me-

itorios colaboradores en la Empresa, entre ellos a dos hombres distinguidísimos que se habían elevado a fuerza de trabajo, capacidad y honradez, desde los puestos más humildes.

Hacer por iniciativa propia y también con dineros y sacrificios propios una obra como la indicada, en tiempos todavía en que por regla general empleados y obreros estaban abandonados a su suerte, es, sin duda, la más alta muestra de un espíritu generoso y de una gran comprensión de los deberes de la solidaridad humana.

Dejo estampado lo anterior como un título más del señor Edwards a la gratitud de sus convecudanos.

De Uds. atento y S. S. — **Rafael Luis Barahona.**

Y también adhirieron los señores: Luis Garnham, Antonio Orrego Barros, Sociedad Artesanos de Osorno, Octavio Urzúa, Carlos Echeverría Reyes, Alejo Marfán, Eucarpio Espinoza, Centro Deportivo La Vanguardia, de Valparaíso; Círculo Recreativo Los Corsarios, de Valparaíso; Círculo Deportivo Capitán Prat, de Valparaíso; Centro Social Bernardo O'Higgins, de Valparaíso; Agrupación Teatral Pedro Sienna, de Valparaíso; Club Social Unión Internacional, de Valparaíso; Sociedad Deportiva Los Gladiadores, de Valparaíso; Academia Cultural Camilo Henríquez de Valparaíso; Conjunto Artístico Pedro Sienna, de Valparaíso; Centro Cultural Benjamín Vicuña Mackenna, de Valparaíso; Arturo Bianchi y personal del Club Unión de Viña del Mar; Ricardo A. Núñez, de Hijuelas; Juan José Latorre, de Miramar; Juan Ortega Hurtado, de Valparaíso; Fernando Couve, de Valparaíso; Guillermo Freudenburg, de Valparaíso; Ricardo de Ferrari Valdés, de Valparaíso; Francisco A. Encina, de Las Cabras; Fernando Lira, de Valparaíso; Guillermo Videla Lira, de Valparaíso; Raimundo Ortúzar, de Valparaíso; Ricardo López Pérez, de Viña del Mar; C. D. Finlay, de Valparaíso; Vicente Collovich, de Valparaíso; Juan Valdivieso Blanco, de Viña del Mar; Alvaro Santa María Cerveró, de Valparaíso; Luis Arteaga G., de Cartagena; Hernán Prieto, de Viña del Mar; doctor de la Carrera, de Viña del Mar; Belfor Fernández, de Cartagena; Emilio Orrego Pardo, de Viña del Mar; José López, de Valparaíso; Ventura Piedrabuena, de Viña del Mar.

MANIFESTACION EDWARDS

La lista de adherentes es la siguiente:

Jorge Alessandri R., Roberto Aguirre Luco, Alejandro Araya, Roberto Aldunate, General Luis Altamirano, José A. Alfonso, Guillermo Amunátegui V., Ruperto Alamos, Javier Avendaño, Ricardo Anguita, Eulogio Altamirano, Juan Andueza, Miguel Abovich, Fernando Aguirre Errázuriz, Nemesio Antúnez Cazotte, Luis Aldunate, Jorge Aldunate Eguiguren, Luis Aldunate Eguiguren, Enrique Arriagada, Javier Avendaño, Guillermo Aguiar, Almirante Miguel Aguirre, Luis Evaristo Arancibia, Carlos Amenábar, Patricio Achurra Plaza, Luis Arteaga García, Manuel Anguita, Moisés Asto-

roca Granja, Aníbal Arriagada, Agustín Arrieta Caña, Carlos Alzola, Carlos Armstrong, Fernando Alessandri, Cirilo Armstrong, Guillermo Arthur, Jorge Arteaga Islaza, Waldemar Adersdoffer, Dr. Fernando Allende Navarro, Julio Alcalde Lecaros, Jorge Astaburuaga, Carlos Atienza, Emilio Alvarez F., Domingo Amunátegui Lecaros, Ignacio Arteaga Undurraga.

Carlos Besa, Daniel Bernales Mancheño, Luis Barros Borgoño, Julio Bustamante, Intendente de Santiago; Alfredo Briseño, Carlos Balmaceda, Juan Benavente, Marcial Barrera, Ramón Bolton, Alvaro Baeza Yávar, General Enrique Bravo, Carlos Bahamonde, Emiliano Bustos, Luis Barrie, Luis Browne Fernández, Pascual Baburizza, Luis Aníbal Barrios, Silverio Brañas, Luis Barceló Lira, Gonzalo Barros Ortúzar, Víctor Blanco Lecaros, General José María Barceló Lira, Luis A. Brain, Roberto Barros Torres, Armando Band, Carlos Bustamante A., Luis Browne, Guillermo L. Brown, Rafael Luis Barahona, José Miguel Benavides, Luis A. Briceño, Bacareza C. Ricardo, Washington Bascuñán, Julio Bozo Valenzuela, Raúl Besa, Carlos Budge León Bonder, Aureliano Burr, Arturo Besa R., Lautaro Benham, Ricardo Bahamonde, Enrique Blanchard Chessi, Mario Balmaceda Valdés, Ernesto Banda, Juan Barrera, Carlos Barroilhet, Jorge Benítez, Ernesto Bertelsen, Federico Barredo, Pedro Veas Hidalgo, Alejandro Barraza A.

Luis Claro Solar, Dr. Alvaro Covarrubias Pardo, Eliseo Cisternas Peña, Guillermo Cienfuegos H., Ramón Corbalán Melgarejo, César Cordovez, Manuel José Correa, Alberto Cruchaga Ossa, Eduardo Cienfuegos, Enrique Cuevas, general Ramón Cañas, Julio Contreras H., Guillermo Cienfuegos, Carlos Cousiño Urrutia, Jorge Carmona, Fernando Claro Salas, Guillermo Condon, Federico A. Claude, Gustavo Cousiño Talavera, Luis Carvallo Cook, Ricardo Cox Méndez, Héctor Claro Salas, Carlos Cruz Montt, Manuel Cruzat Vicuña, Miguel Caradeux, Aníbal Campos Aldana, Arturo Cuadros Cerda, Enrique Costabal Zegers, Oscar von Chrismar, Dr. Gonzalo Corbalán T., Manuel Cavada, P. Percy Cordner, Fernando Couve, Arturo Claro Matte, Edward J. Craig, Enrique Chirwing, Adolfo Crenovich, Carlos de Castro Ortúzar, Carlos Castro Ossandón, Vicente Collovich, Ramón Cañas Montalva, Luis Contreras Sotomayor, Jorge Cerveró, José Tomás Castro, Arturo Calvo Mackenna, Dr. Luis Calvo Mackenna, Raúl Cousiño Talavera, Benjamín Claro Velasco, Juan Asturufu, Antolín Cid, Luis Cabrera.

Jorge Dittborn, Clemente Díaz León, Carlos Dittborn Torres, Gonzalo Debesa, José Miguel Dodds, Luis E. Delano, Ricardo Donoso, Armando Donoso, Ignacio Domínguez, Javier Díaz Lira, Luis Díaz Garcés, Dr. Paulino Díaz, Horacio Díaz Garcés.

Agustín R. Edwards Budge, Carlos R. Edwards Mac-Clure, Edmundo Eastman Cox, Rafael H. Elizalde, Ladislao Errázuriz Lazcano, Félix Echeverría, Francisco Echenique, Vicente Echeverría Larraín, Arturo Edwards de Ferrari, Mario Eyzaguirre Montes, Agustín Eguiguren Campino, Alejandro Errázuriz M., Tristán Espinoza, Jor-

ge Echegoyen, Raúl Edwards de Ferari, Joaquín Espinoza, Juan Luis Espejo, Arturo Eastman Cox, Joaquín Escudero, Hugo Ercilla.

Dr. Rudecindo de la Fuente, Carlos D. Finlay, Carlos Franke, Oscar Ferrando, Manuel A. Fuenzalida M., Roberto Ferari, Juan C. Fischer, Alfonso Freire Valdés, Víctor M. Ferari, José Fabres Pinto, Ricardo de Ferari V., Carlos de Ferari Valdés, Luis Fernández Campino, Hernán de Ferari Valdés, Germán C. Fischer, Salvador Fernández, Roberto Flores, Héctor Felice, Max Fontaine, Estanislao Fabres A., Roberto Flores, Carlos Figueroa Unzueta, Alfonso Figueroa Unzueta.

Pedro García de la Huerta I., Roberto Guzmán Montt, Francisco Garcés Gana, Manuel Gaete Fagalde, Pedro Luis González, Luis Garham, Rafael Luis Gumucio, Elías González Medina, Galvarino Gallardo Nieto, Carlos García Ledesma, Federico García de la Huerta O., Guillermo G. Huidobro, J. Arnold, G. Huidobro Gandarillas, Julio Gormaz, René Guerrero, René Guzmán V., Santiago Gallardo Nieto, Alvaro Guzmán Escobar, Dr. Daniel García Guerrero, M. S. Max Goldfiek, Leopoldo Goicolea Varas, Manuel Grez Eguiguren, Samuel Guzmán García, Juan González, Beltrán García, Ernesto Brez U., Carlos A. Gumdián, Eduardo Gallardo Nieto, Ernesto Galiano, José María Garigó, Francisco García, Eliseo Gutiérrez, Serafín Guerra, Alberto García de la Huerta O., Jorge Andrés Guerra, Manuel Gandarillas D., Eduardo Garcés.

Antonio Humeaus Gana, Jorge Hurtado Vial, Manuel Hederra Concha, José Ramón Herrera Lira, Gonzalo Herreros Ortúzar, Gonzalo Herrera Lira, Ernesto Holzman, Federico Helfmann, Santiago Herrera S., Luis Hurtado Queaney, Ora J. Hubiard, Luis Harnecker, Carlos Humeres S., Juan Agustín Hurtado Zañartu, H. Holley, Antonio Hempel Dufon, Carlos Herrera Lira.

Luis Izquierdo, Pedro Felipe Iñiguez, J. Miguel Infante, Carlos Izquierdo Edwards, Hernán Infante, Juan Iturrieta Fensler.

José H. Jones, Armando Jaramillo V., César Jiménez Fuenzalida, Edilberto Jiménez, Dr. Roberto Jaramillo B., Samuel Jerez, Samuel Jory.

Jorge C. Kenrick, Otto Kram Schlaek, Roberto Kelly Grez, Humberto Kaminski.

Alejandro Lira, Guillermo López Pérez, Miguel Letelier Espínola, Luis Lira Lira, Ricardo López Pérez, Luis Larraín Prieto, Alejo Lira Infante, Joaquín Larraín Alcalde, Francisco Latorre, Alberto Lagarrigue Alessandri, Juan José Latorre Moreno, Dr. José María Lorca, Eleazar Lezaeta Acharán, Ricardo Larraín Bravo, Herberto Lind, Francisco Langlois, Laureano Ladrón de Guevara, José Dolores Lorca, Luis Alejandro Lira, Joaquín Lapeley, Felipe Lazo J., Enrique Loyola, Roberto F. Leay, Juan Larraín Alcalde, Guillermo Labarca

(Alcade de Santiago), Carlos Lira Ossa, Fernando Lira Ossa, Arturo Lorea P., Francisco Leyton, Carlos López, Arturo Lyon Edwards

Pedro N. Montenegro, Manuel Antonio Maira, Eliseo Merino Benítez, Francisco Montané Urrejola, Alberto Mackenna Suberca-seaux, Contraalmirante Julio Merino Benítez, Juan Maghallaes, Ignacio Marchant Scott, Julio Menéndez Behety, Pedro Miguel Melo, Eduardo Matta Ossa, Rodolfo Murillo Vildósola, Mario Muñoz Guzmán, Ruperto Murielo, Carlos Marcaró Serrano, Santiago María Vicuña, Herbert Müller, Orestes Mazzini, Armando Morales, Jorge Meléndez, Damián Mardones, Juan B. Meneses, Alfredo Maldonado, Enrique Mellado, Eduardo Monardes, Arturo Matte Claro, Manfredo Montt, Juan Marshall, Alejandro Montt S., Alfredo Morán, Federico Montenegro, Alfredo Montt Ortúzar, Oscar Mac Clure Besa, Dr. Manuel Molina Barros, Manuel Mackenna Suberca-seaux, Humberto Molina Lugo, James Miller, Federico Martínez, Jorge Moreno Leiva, Eduardo Matte Ossa, Carlos Morel, Alejandro Manhood, Marcial Martínez de Ferrari, Otto Meyerholz, J. J. Morrison, Hernando Montt S., Roberto Meza Fuentes, Alfonso Mac-Clure Alamos, Fabián Mates.

Félix Nieto del Río, Julio Novoa Gormaz, Ricardo A. Núñez, Aurelio Novión, Ricardo F. Nobriega.

Ramón Oliva, Gustavo Olivares, Darío Ovalle Castillo, Augusto Ovalle Castillo, Dr. Aureliano Oyarzún, Miguel Ovalle Dávila, Juan O'Shea, Mario Olea, Manuel Ossa Covarrubias, Ismael Ossa Covarrubias, Carlos Ossandón Barros, Carlos Ossandón Guzmán, Santiago Ossa M.C., Raimundo Ortúzar Figueroa, Emilio Orrego Pardo, Juan Ortega Hurtado.

Julio Pérez Canto (Ministro de Hacienda), Francisco Patrino-vich, Ramón Puelma Besa, Carlos Prieto Suárez, Arturo Prat Carvajal, Dr. Luis Prunés, José Pinto, Jorge Pavez, Rafael Prieto Morel, Roberto Pouchoucq, Enrique Phillips Huneus, Owen Potts, Ricardo Pepper, Guillermo Pérez de Arce, Luis Pereira Ñiguez, Luis Aurelio Pinochet, Julio Pereira Ñiguez, Carlos Parra Melo, Rafael Pinochet, Heriberto Palma, Julio Puga Borne, Wilfred E. Page, Hugo Petit-Bon, Joaquín Prieto Hurtado, Gabriel Palma Rogers, Manuel Pérez López, Horacio Paulsen Jurado, José Miguel Pizarro Mujica, José Pelaez Tapia, Carlos F. Plummer, Eric Page, Enrique Pérez Riese, Eduardo Prenafeta, Manuel Paredes, Marco Antonio Pérez.

General Enrique Quiroga Rogers, Armando Quezada Acharán, Arturo Quiroz, José Luis Quezada.

Conde Claude Rambó, José M. Ríos Arias, J. D. Rocuant, Osvaldo Ramírez Sanz, Guillermo Ramírez Sanz, Alfredo Rossi, Rogerio Rosas, Contraalmirante Olegario Reyes del Río, Víctor Risopatrón Argomedeo, Francisco Rodríguez Cerda, Arturo Ramírez Montané, Manuel Ruiz Valledor, José M. Vicente Real, Luis Rossel, Carlos Ramírez Ahumada, Manfredo Roa, doctor Flaminio Rayo Riquelme, Rolando Rivas, Juan Rivera, Lidio Pamírez, Luis Ramírez Sanz, Ramón Ramírez Sanz, Víctor Riepkke T., Eulogio Rojas G., Julio E. Rucker,

Enrique Rudolphy, Armando Reyès del Río, Gustavo Rivera Baeza, Jorge Reveco Aracena, Francisco Rojas Mery.

Almirante Arturo Swett (Ministro de Marina); General Carlos Sáez (Ministro de Guerra), almirante Juan Schroeder, Ventura Sánchez, Octavio Señoret, Guillermo Subercaseaux P., Ramiro Señoret, Luis Subercaseaux Errázuriz, Julio Subercaseaux B., Roberto Sánchez García de la Huerta, Julio Silva Rivas, Guillermo Subercaseaux Rivas, Pedro Sanz de la Vega, Alvaro Santa María C., Carlos Salinas Godoy, Romualdo Silva Cortés, Alejandro Silva de la Fuente, Miguel A. Salvo, Alfredo Sánchez, Oscar Salinas, Carlos Silva Vildósola, Alejandro Súpodo, Víctor Silva Yoacham, Luis Serrano Arrieta, Alfredo Santander Pacheco, Eduardo Salas Undurraga, Abraham Soto, Enrique Salcedo, Juan Eduardo Subercaseaux, Jorge Suárez Orrego, Jorge Smith Miller, José Smith Miller, Andrés Salas Edwards, Ricardo E. Searle, Nicanor Señoret, Fernando Subercaseaux Brown, Enrique Soro Barriga, Raúl Silva Castro, Jorge Schneider Labbé, Armando Saldes, Julio Santibáñez, Juan Arturo Silva, Almirante Enrique Spoerer, Renato Silva Valenzuela, Héctor Silva Romo, Basilio Sossia, Daniel Schweitzer.

Rafael Torres, general Indalicio Téllez, Emilio Tagle Rodríguez, Juan Tonkin, Domingo Tocornal Matte, Raúl Tagle, Luis Toñola, Tomás Thinkler Ojeda.

Francisco R. Undurraga V., Juan Urzúa Madrid, Miguel A. Urrutia, José Francisco Urrejola M., Arturo Ureta, Eduardo Ugarte Arrau, Mario Undurraga, Carlos Urenda Trigo.

Juan Manuel Valle, Vicente Valdés Bascuñán, Ricardo Valdés B., Alejandro Valdés Riese, Oscar Valenzuela Valdés, Miguel Varas Velásquez, Manuel Valdés Ortúzar, Agustín Voillier, José Florencio Valdés Ossa, Fermín Vergara Figuerola, Julio Vicuña Subercaseaux, Stanley Vatchkq, Enrique Villarino, Eduardo Vigneaux, Juan de Dios Vial, Carlos de Vidts, Manuel Valenzuela, Guillermo Videla Lira, Antonio Varas Montt, Carlos Vega Macher, Carlos Vega Lizardi, Miguel Valdés Freire, Albel Valdés Acuña, Florencio Verdugo, Julio Villagra, Héctor Vidaurre, Bonifacio Vergara, Emilio Villegas E., Armando Venegas de la Guarda, Ramón Valdivieso Navarrete, Alfonso Valdebenito, Jorge Valenzuela, Carlos Vicuña Fuentes, Luis Valdivia C., Carlos Vergara Clark, Leonidas Vial Larraín, Eleazar Vega López, Vicente Valdés Freire, Bernardo Vais, Luis Valdivieso, Antonio Varas Muñoz, Manuel Vega, Benjamín Vergara P.

Ernesto A. Young.

Vicealmirante Wilson, Contraalmirante Carlos Ward, Jorge Wooldridge, Guillermo Wilms, Gustavo Walker Martínez, Carlos Ward, Héctor Williams, Héctor Williams Ibáñez, Federico Wagner, Rodolfo Wedeles.

Jorge Zamudio Flores, Carlos Zañartu Fierro, Estanislao Zamorano, Carlos Zamora, Manuel Zúñiga, Enrique Zañartu Eguiguren, Luis E. Zavala.

INDICE

	Página
Invitación	5
El por qué de este recuerdo, por don Galvarino Gallardo Nieto	7
Do3 palabras, por don Carlos Besa	11
Discurso de ofrecimiento, por don José A. Alfonso	13
Discurso de agradecimiento, por don Agustín Edwards	19
A nombre de la ciudad de Valparaíso, por don Octavio Se- ñoret	25
A nombre de la Sociedad Artesanos "La Unión", por don Juan Urzúa Madrid	27
A nombre de los Empleados Particulares Cesantes, por el señor Mazzini	31
A nombre de los elementos izquierdistas de Valparaíso y Santiago, por don Serafín Guerra	33
A nombre de la Sociedad Unión del Personal de Remolcador- es y Donkeros, por don Juan Iturrieta Gensler	39
A nombre de la "Unión de los Tipógrafos", por don Rogerio Rozas Ortega	41
A nombre de los Veteranos del 79, por don Adolfo Urzúa Rozas	47
A nombre de un grupo de amigos de Tarapacá, por don Héctor Holley	49
A nombre de la Comisión Organizadora, por don Alberto Ma- ckenna Subercaseaux	53
La Prensa	57
Adherentes y asistentes al banquete	65

Grabados

Don Agustín Edwards, Doctor Honorario de la Universidad de Cambridge	3
La mesa de honor	15
El señor Edwards leyendo su discurso	19
Un grupo de asistentes	33
Don Carlos Balmaceda saluda al señor Edwards	49